

El kamasutra de Grey

Descubre las posturas
más excitantes del bestseller



«Quiero aprender.» Con estas inocentes palabras la misteriosa narradora nos invita a adentrarnos con ella en esta excitante guía que recorre las escenas más ardientes de los juegos sexuales que ha protagonizado en el transcurso de cincuenta noches.

De su mano, recibirás minuciosas lecciones que abarcan desde el sexo más fogoso hasta las múltiples facetas de la dominación, el dolor, la sumisión y el goce.

Escrito a modo de diario erótico, con explícitas ilustraciones e instructivas pistas, El kamasutra de Grey es el libro ideal para aquellas lectoras que quieran explorar un camino que sólo puede tener un fin: el placer sin límites.

Atrévete a experimentar el nuevo universo de pasión del que todo el mundo habla.

Laura Elias

El Kamasutra de Grey

**Descubre las posturas más excitantes
del bestseller**

ePub r1.0

Flipper 27.08.13





Cubierta

El Kamasutra de Grey

- NOCHE 01 «Comienza el viaje»
- NOCHE 02 «Deseo helado»
- NOCHE 03 «El deseo se desata»
- NOCHE 04 «Desnudándome lentamente»
- NOCHE 05 «La sirvienta»
- NOCHE 06 «A través de la cámara»
- NOCHE 07 «En público»
- NOCHE 08 «Horas extras»
- NOCHE 09 «En el fragor de la batalla»
- NOCHE 10 «El misionero travieso»
- NOCHE 11 «De cintura para arriba»
- NOCHE 12 «Cómeme»
- NOCHE 13 «Patatas arriba»
- NOCHE 14 «Latigazos»
- NOCHE 15 «Unos buenos azotes»
- NOCHE 16 «Por atrás»
- NOCHE 17 «A su servicio»
- NOCHE 18 «Garganta profunda»
- NOCHE 19 «Rendida al placer»
- NOCHE 20 «Perder la cabeza»
- NOCHE 21 «Con mano dura»
- NOCHE 22 «Dolor placentero»
- NOCHE 23 «Conocerás a un extraño»
- NOCHE 24 «Regla de tres»
- NOCHE 25 «La chica del abrigo rojo»



- NOCHE 26 «Cambio de guardia»
NOCHE 27 «Un aperitivo de placer»
NOCHE 28 «Cuéntame un cuento»
NOCHE 29 «Confía en mí»
NOCHE 30 «El collar»
NOCHE 31 «En mis manos»
NOCHE 32 «En medio»
NOCHE 33 «Azotes»
NOCHE 34 «Chico malo»
NOCHE 35 «Te espío»
NOCHE 36 «Para chuparse los dedos»
NOCHE 37 «El arte del taconeo»
NOCHE 38 «La gata con zapatos de tacón»
NOCHE 39 «De madrugada»
NOCHE 40 «La X marca el lugar»
NOCHE 41 «Amarrada»
NOCHE 42 «Control policial»
NOCHE 43 «Espera un poco»
NOCHE 44 «Detrás de mi hombre»
NOCHE 45 «La puerta de atrás»
NOCHE 46 «La aventura continúa»
NOCHE 47 «Cara a cara»
NOCHE 48 «Una tentadora colección»
NOCHE 49 «¿Sube?»
NOCHE 50 «Última parada»
Fin





No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente en Estados Unidos por Weldon Owen Inc.,
un sello de Bonnier, con el título 50 Nights in Gray.

© del texto: Laura Elías / Weldon Owen Inc, 2013

© de las ilustraciones: Benjamín Wachenje

© de la traducción: Laura Gonzalvo, 2013

© Scyla Editores, S.A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Editado por Timun Mas

Libros Cúpula es marca registrada por Scyla Editores, S.A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula.

www.planetadelibros.com

www.libroscupula.com

Primera edición: enero de 2013

ISBN: 978-84-480-0818-5

Depósito legal: B. 32.673-2012

Fotocomposición: Cristina Serrano

Impreso en España - Printed In Spain





NOCHE 1

Comienza el viaje

«Quiero aprender», le dije. Yacía en la cama todavía aturdida por la intensidad con la que habíamos hecho el amor. Él me pasó un pañuelo de seda por todo el cuerpo, que me enviaba pequeñas oleadas de placer a medida que recorría mi piel. «Hay mucho que aprender», dijo. «¿Qué quieres saber?»

«Todo», respondí con valentía tras una breve vacilación. ¿De verdad estaba dispuesta a abrir aquella puerta? ¿Podía siquiera imaginar lo que se escondía tras ella? «Todo», repetí con algo más de convicción.

Él sonrió. «De acuerdo. Tu formación comenzará mañana. Cuando despiertes, habré dejado para ti un diario en blanco. Quiero que documentes tu viaje, tus descubrimientos, las lecciones que estudiaremos juntos. Muestra tu trabajo. ¡Esto va muy en serio! Quiero ver dibujos, instrucciones y sobre todo, tus reflexiones personales. Los resultados pueden que... te sorprendan.»

«¿Me vas a evaluar?», bromeé. Él me miró en silencio y de pronto, empecé a inquietarme. ¿Dónde me había metido?





NOCHE 2

Deseo helado

«¿Adónde vamos?», susurré mientras miraba por la ventana de la cabina de su avión privado. «Enseguida lo sabrás», dijo, y me ajustó el arnés.

Debajo de nosotros se extendían barrancos y arena dorada. Sentí el calor implacable del sol cuando aterrizamos. «Desnúdate», ordenó. Ahoqué un grito. ¿Quería que me adentrara desnuda en aquel desierto abrasador?

El calor, como un muro de llamas, me golpeó al bajar descalza por la escalerilla. «Ven», me ordenó. Me condujo hasta una tienda de seda blanca. «Échate.» Me tumbé sobre las sábanas de satén, con el cuerpo perlado de sudor.

Se inclinó sobre mí y nuestros labios se encontraron. Su beso gélido hizo que mi cuerpo se sacudiese. «Abajo.» Con un cubito de hielo en la boca dibujó sobre mi piel ardiente. El contraste fue sorprendente... e intensamente erótico.

Hizo que el hielo se fundiera sobre mis pezones, que se endurecieron. Luego, los pellizcó con los dedos calientes y yo gemí por el contraste repentino. «Estás muy caliente, querida.» Rodeó mi ombligo con el cubito y fue bajando. «Vamos a ver si podemos refrescarte.» Abrí las piernas, aguardando ansiosa su toque helado en lo más recóndito de mí.





NOCHE 3

El deseo se desata

La noche siguiente me desnudó frente a las ventanas del salón. La ciudad brillaba tenue debajo de nosotros. Deslizó los tirantes de mi vestido por mis hombros, me desabrochó el sujetador con destreza y me bajó las bragas.

«No te muevas», dijo. Abrió las cristalerías de la terraza y el aire fresco de la noche jugueteó con mi pelo. Mi expectación aumentaba mientras él revolvió un antiguo escritorio. «Cierra los ojos», ordenó. Obedecí rápidamente. Algo suave y delicado resiguió la curva de mis pechos. Arqueé la espalda, enloquecida por aquella dulce incitación. «Más», le susurré, sorprendiéndome a mí misma.

«Quieta», dijo él entre dientes. Con aquel objeto suave me recorrió de los hombros a los labios. Luego bajó de nuevo y, socarrón, pasó rápidamente sobre mis pezones. Gemí cuando trazó pequeños círculos por mi abdomen.

Me abrió las piernas y las piernas y la curiosidad pudo más que yo. Me asomé y vi que sostenía una larga pluma carmesí, que avanzaba lentamente entre mis muslos. Separé más las piernas, temblando con la sensación, mientras él me provocaba dulcemente. «Tócame ahora», le supliqué.

«Más tarde», dijo, sonriendo. «Todavía tengo mucho que hacer contigo, mi amor.»



EL TOQUE SENSUAL



1. Pregunta a tu pareja que ropa le gustaría que te pusieras. Recógete el pelo para poder soltártelo mientras te desnudas. Evita prendas demasiado complicadas de quitar.

2. Acaríciate con las manos para que el vaya imaginando qué escondes bajo la ropa. Dile que no podrá tomarte hasta que tú se lo permitas.

3. Cuando te quites la falda, trata de romper la magia tropezando con ella. Písala con un pie mientras liberas el otro y luego apártala a un lado con una suave patada.

4. A medida que te vas quitando ropa, gira, posa, ladea las caderas y juega con tu melena.

5. Los zapatos, siempre extremados, déjalos para el final. No hay

nada más excitante que una mujer desnuda con tacones. ¿Medias? Tú decides. Pruébalo, a ver si funciona.

NOCHE 4

Desnudándome lentamente

«Estás aprendiendo», me dijo mientras pasaba las páginas de mi diario. «Pero aún eres sólo una aprendiz. Te he estado seduciendo. Ahora te toca a ti seducirme a mí.»

«¿Cómo?» Siempre había sido él quien decidía, siempre él quien me provocaba, nunca a la inversa.

«Levántate», ordenó. Lo hice, nerviosa y alisándome la blusa y la falda que me había puesto para ir al trabajo. «Bien», dijo él, «recórrete el cuerpo con las manos. Vas a desnudarte para mí.»

Apretó un botón y sonó una música sensual. Me sonrojé, pero pasé las manos por los costados, me desabroché la blusa y dejé que resbalase por los hombros.

«Muy bien.» Dejé caer la blusa. Mi confianza crecía. Me dispuse a bajarme la falda y él me detuvo con la mirada. «Despacio.» Con el tacón, aparté la blusa y me levanté la falda para mostrarle mis ligas. Él dejó escapar un suspiro y yo me volví hacia él, provocándolo con la mirada. «Ahora», dijo. Y yo tiré suavemente de la falda.

Me quedé delante de él, vestida sólo con los zapatos de tacón y la ropa interior que él me había comprado. Y, de repente, me sentí poderosa. Empecé a bajarme las bragas por las caderas y él se abalanzó sobre mí.





NOCHE 5

La sirvienta

El sol se ponía cuando llegué al hotel. Tenía una sorpresa para él y no veía el momento de mostrársela. Me vestí con la ropa que acababa de comprarme: un vestido corto de color negro, un pequeño delantal blanco de encaje, medias y zapatos negros y un par de guantes finos de látex. lista para fregar los platos, pensé, o para un hombre atractivo.

Tal vez fuera una locura. Podía reírse o enfadarse. Pero me sentía como si fuera otra persona con aquellos retales de encaje y seda. Cuando oí girar la llave en la cerradura, me metí en el baño, abrí el grifo del lavabo y sumergí en él las manos enguantadas. Él se detuvo en la puerta, observándome mientras arqueaba la espalda para enseñarle el culo bajo la diminuta falda. Me arrodillé para frotar el estropajo sobre los azulejos, asegurándome de que él pudiera ver cómo mis pechos se mecían.

«Te has dejado una mancha», dijo con voz suave mientras se arrodillaba detrás de mí, me cogía las manos y me quitaba lentamente los guantes. «Y las sirvientas que no hacen bien su trabajo...» Dejé caer la cabeza hacia atrás, sobre su hombro. Él usó mis propias manos para acariciarme por encima del uniforme y me susurró los deliciosos castigos que me iba a infligir.



EL TOQUE SENSUAL



1. Recrea un entorno inspirador. Elige entre la opulencia de telas y prendas lujosas o la sencillez de un ambiente austero que haga destacar el cuerpo desnudo en las fotografías.

2. No uses flash: la luz es dura y poco favorecedora. Busca una luz indirecta, mejor la natural de una ventana. Enfoca el perfil de tu amante a contraluz: obtendrás una sugerente silueta. Para conseguir un efecto profesional, usa iluminación estroboscópica o una caja de luz.

3. Explora su cuerpo con la cámara de cerca y de lejos. Captura su cuerpo entero y luego haz zoom en piernas, manos o pies, busca detalles de belleza inesperada, como la curva de una cadera.

4. Deja para el final, cuando ya esté relajada, las partes más obvias (pechos, nalgas, genitales). Luego, deja la cámara para practicar un reconocimiento 3D del cuerpo de tu amante, o intercambia los roles: deja que ella sea ahora la que te fotografíe.

NOCHE 6

A través de la cámara

Tras varias horas haciendo el amor, la luz del amanecer brilló través de las cortinas. Me levanté para ducharme, pero él me hizo volver. «Cuéntame tus sueños», me ordenó.

Me eché a reír. «No me das tiempo para soñar.»

«Pues dime qué te gustaría soñar. ¿Qué te gustaría hacer?» Volvía a instruirme.

«Sueño», comencé dudosa, «que eres un forastero y me contratas para que te visite en un lugar tropical.» Él asintió con la cabeza y se sentó. «No sé qué quieres de mí. Cuando entro en la habitación veo...»

«¿Qué?», me interrumpió, con su atención puesta en mí.

«Cámaras. Viejas y nuevas, por toda la habitación.»

Se revolvió intrigado y proseguí el relato. «Me pides que me desnude mientras colocas una cámara en un trípode.»

«¿Qué voy a hacer? Cuéntame», me instó.

«Me das joyas y haces que me arrodille sobre la cama. Le ofrezco mis pechos al objetivo...» Mientras yo hablaba, él tomó uno de mis pezones entre sus labios. Yo proseguí: «Y empiezo a acariciarme yo misma. Hago todo lo que puedo para atraerte y que salgas de detrás de la cámara.»

«¿Y lo consigues?», murmuró.

«El sueño termina aquí», conteste, abrazándolo.





NOCHE 7

En público

«Vamos al cine», me dijo por teléfono. ¿Una película? ¿Eso era todo? Me sentí decepcionada, como una adolescente ante la perspectiva de una cita aburrida. pero accedí.

Me revolví incómoda en la butaca durante los créditos de apertura de una comedia romántica convencional. ¿Aquello le gustaba? Observé su perfil en la oscuridad. Se volvió hacia mí, sonriendo. Luego, me arrancó en silencio de mi asiento y me llevó a la salida.

«Así que tú también te aburrías», bromeé.

Me empujé contra la pared del callejón. «Yo nunca me aburro cuando estoy imaginando lo que voy a hacer contigo.»

Sentí los ladrillos, calientes en aquella noche de verano. Me levantó la falda con una mano y enroscó una de mis piernas alrededor de su cintura. «Tengo una nueva norma para ti: cuando estemos juntos, no uses nunca ropa interior. Quiero poder acceder a ti cuando y donde me plazca.»

«Sí, señor», y sonreí con la cabeza hundida en su clavícula. Tiró de mis bragas hacia abajo hasta que me las arrancó y luego me alzó. Cuando me penetró, oí voces en la boca del callejón, risas de hombres y mujeres jóvenes.

«Nos van a ver», suspiré.

«Que nos vean», replicó. «Que lo vean todo.»





NOCHE 8

Horas extras

Aquella noche no iba a poder ser. Ardería Troya si no tenía listo aquel presupuesto para el día siguiente. Había silenciado el móvil y trataba de apartar de mi mente cualquier pensamiento que tuviera que ver con él. Los viernes por la noche son para quedar y salir. Sin embargo, allí estaba yo, sentada frente al ordenador.

Suspiré y me froté los ojos con ambas manos. «Se te ve cansada, querida.» Adusto y esbelto con su traje oscuro, me tendía una taza de café. «Bebe. Necesitarás energía.»

«¿Cómo has entrado?», le pregunté al tiempo que sorbía el café. Sonrió, se inclinó y puso el ordenador a hibernar. «¡Eh! ¡Que no he terminado!» Aquello me molestó de verdad. «¿Qué crees que estás haciendo?»

«Ahora lo verás, cielo.» Me alzó de la silla y me masajé los tensos hombros. Suspiré y cuando me levantó la blusa para acariciar mi piel, sucumbí a sus atenciones. Con o sin trabajo, no podía resistirme.

Me incliné sobre la mesa, rindiéndome a él. El sonido de la tela me reveló que me estaba desvistiendo. «Arquea la espalda para mí.» Me volví para mirarlo: tranquilo, resuelto, con los ojos cerrados, moviéndose para mí. Sonreí. El presupuesto tendría que esperar.



EL TOQUE SENSUAL



1. Protege la cama con una sábana o una toalla.
2. Usa velas de masaje o normales de parafina blancas e inodoras (las de colores podrían quemar)
3. Deja que se acumule cera fundida junto a la mecha antes de derramarla, para dar tiempo a que se enfríe. Antes de echarla, vierte un poco en la parte interior de tu muñeca y asegúrate de que no quema.
4. Empieza vertiendo la cera sobre tu amante desde al menos tres palmos de altura. Si la sensación es placentera, prueba a dejarla

gotear desde más cerca para intensificar el placer.

5. La cera de la velas de masaje se retira fácilmente con aceite perfumado. Si usas velas convencionales, tendrás que rascar con cuidado la cera con un cuchillo de hoja roma.

NOCHE 9

En el fragor de la batalla

Cuando me llevó a la habitación, me pareció un lugar... extrañamente romántico.

La cama estaba cubierta de satén y una hilera de sencillas velas blancas parpadeaba sobre la mesa. ¿Tal vez mi dueño había decidido apostar por una noche convencional, con sábanas de raso y luz tenue? «Acuéstate», me ordenó mientras me empujaba hasta la cama y hundía mi cara entre los pliegues de las sábanas. Desnuda, expuesta, me estremecí con el aire fresco de la noche.

«Tal vez esto te haga entrar en calor», me susurró. Sentí que algo me salpicaba la piel. Fue una sensación primero cálida y sensual y luego más aguda, más ardiente, de algo que casi hervía. ¡Las velas! Estaba derramando cera en mi piel, alzando y bajando la vela para variar la intensidad y el placer.

Pronto sentí el contacto frío del acero contra mi piel. Me tensé, nerviosa, pero sólo estaba usando la parte plana de un cuchillo para raspar la cera de mi piel, jugueteando con la hoja. Cuando la piel estuvo limpia, hundió sus fuertes dedos en mi carne para liberarme de la tensión acumulada y prepararme para lo que estaba por venir.



NOCHE 10

El misionero travieso

«Sobre la cama», me susurró. Habíamos tomado una ducha y estábamos frescos. Yo esperaba algo... distinto. Él me había estado provocando bajo el chorro hasta que estuve desesperada por tenerlo dentro de mí.

Aunque no lo suficientemente desesperada, al parecer. Vacilé un instante, disfrutando de la visión de sus más que evidente excitación. «He dicho que a la cama», gruño y me empujó hasta que perdí el equilibrio y caí. «Eso está mejor», dijo, y me separó las piernas con rudeza. En un momento me había penetrado, rápido y duro, sabiendo que la sensual ducha había sido un más que suficiente preliminar.

Se le veía cómodo dentro de mí, pero a mí me sorprendió que se conformase con aquella posición tan sencilla. ¿Habíamos vuelto atrás? «¿Esto es todo lo que tienes preparado para mí esta noche?», susurré con un tono burlón.

Y todo se precipitó. Se quedó de rodillas, me agarró los tobillos y cruzó mis piernas frente a su pecho. Yo no podía mover las piernas y él empujaba dentro de mí, con una presión casi dolorosa. «Esto es lo que tengo preparado para las chicas insolentes», susurró sin apenas moverse, frotando lentamente la base de su pene sobre mi clitoris.

Me apretó los tobillos con fuerza mientras y trataba de apartarme, sin que perdiésemos en ningún momento el contacto visual. «No luches, disfruta. Estas bajo mi control.» Apreté sus fuertes muslos con la palma de mis manos, tratando de poner freno a la oleada de calor que crecía en mi interior. «Tumbate por completo y pon las manos sobre la cabeza.» Obedecí y él se balanceó todavía más suavemente mientras mi cuerpo se tensaba, precipitándonos hacia un final apoteósico que, ambos podíamos sentirlo, se acercaba como si de una tormenta distante se tratara.





NOCHE 11

De cintura para arriba

Aquella noche estábamos en el cuarto de juegos donde guardaba sus juguetes de seducción. Sacó una sencilla silla de caoba y le pregunté qué se proponía. Me tapó la boca con la mano y me regañó: «Una de las cosas que debes aprender, querida, es a hablar sólo cuando te pregunte.»

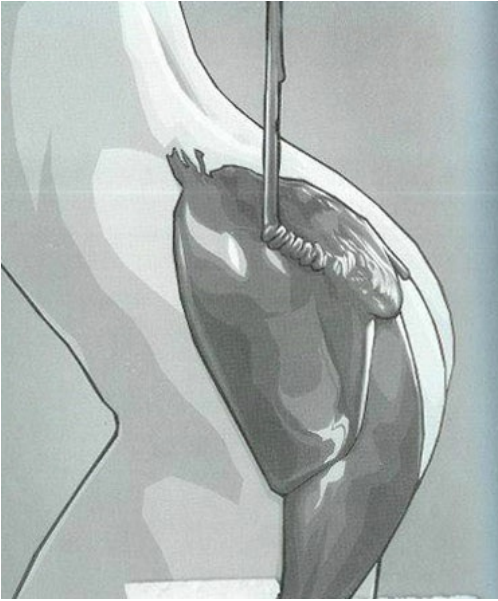
Me sentó en la silla. Alcé la vista y él me sonrió burlón. «Esta noche vamos a probar tu... capacidad de reacción.» Se untó aceite perfumado en las manos y me acarició los pechos y el estómago. Abrí la piernas pero él me ignoró y siguió amasando mis pechos como si quisiera evaluar su peso. Yo jadeaba y él se concentró en mis pezones. Se agachó y los mordisqueó: primero uno, luego el otro. Yo empujé sus manos hacia abajo. «Oh, no, no», exclamó a la vez que me agarraba los brazos. Reconocí el roce de la seda cuando me ató las muñecas a la espalda.

Arqueeé la espalda mientras él mordía y acariciaba, labios y dedos moviéndose con destreza. La electricidad fluía de mis pezones a mi interior. Finalmente, cerró los dientes sobre uno de mis pezones y tiró del otro con fuerza. Eché la cabeza hacia atrás y grité al alcanzar el orgasmo.

«Bravo», me elogió. «Has superado la prueba. Ésta al menos.»



EL TOQUE SENSUAL



1. Hay alimentos, como las ostras o los espárragos, que tienen fama de afrodisíacos. De hecho, cualquier cosa comestible puede añadirle sabor al sexo. Los alimentos suponen un placer por los sentidos (gusto, olfato, tacto) Jugad en la cocina o usad un mantel para que luego resulte más fácil limpiar.

2. Además de los clásicos (nata montada y chocolate fundido, que convierten pechos y penes en deliciosas golosinas), probad también otros ingredientes. Pasaos un pedazo de mango maduro de boca a boca. Untad queso suave o pudín en los dedos del otro y lamedlo. Bebed licor del ombligo de vuestro amante. Jugad y disfrutad.

3. No introduzcáis alimentos ni líquidos en la vagina o el ano: pueden causar irritaciones e infecciones. Si queréis penetraros con verduras y frutas, ponedles un condón.

NOCHE 12

Cómeme

Estábamos en una librería. Mientras él examinaba un grueso tomo, yo me escabullí a la sección de cocina. «Mil postres de ensueño», rezaba uno de los títulos. Mientras hojeaba las páginas y desfilaban ante mí tentadoras fotografías de dulces, una idea empezó a apoderarse de mi mente.

«¿Qué miras?», me susurró al oído. No había nadie alrededor y pasó un dedo por el bajo de mi falda, jugueteando con mi muslo. Me atrajo hacia él.

«Pensaba en tu... postre», contesté, moviendo las caderas hasta que pude sentir su creciente erección. «Empezaremos en la cocina. Yo no llevaré nada más que un delantal. Necesitaremos... Oh...», me interrumpió su mano entre mis piernas. «... una cazuela de chocolate fundido y un cucharón.»

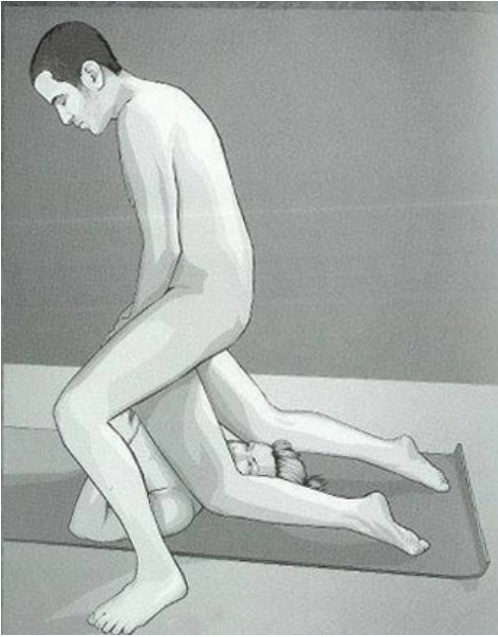
«¿Y entonces qué, mi amor?»

«Me inclinaré sobre la encimera», proseguí y él me penetró con los dedos bruscamente. «Con el cucharón me salpicarás la espalda de chocolate caliente. Yo gritaré.»

«Frotaré chocolate cremoso por tu culo», añadió él. Oí la cremallera y me echó hacia delante. Me penetró con un solo movimiento. «Lo lameré todo. Me mojaré los dedos en él y te lo daré a probar.» Era deliciosos. «Y cuando estés bien limpia, empezaré de nuevo. Con caramelo, esta vez.»



EL TOQUE SENSUAL



1. La mujer tiene que ser flexible para practicar esta posición. Sin embargo, puede ayudarla apoyar la espalda y los hombros contra un mueble y sostenerse las caderas con las manos o una almohada mientras el hombre empuja hacia abajo. Es importante que él no ejerza presión sobre el cuello de la mujer. Además, esta postura exige también esfuerzo por parte del hombre ya que mantenerse y empujar desde un ángulo forzado.

2. La postura funciona para penetración vaginal y también anal. El hombre solamente tendrá que girarse y volver a penetrar para estimularla desde un nuevo enfoque.

3. Si esta posición de yoga es demasiado difícil, puede probarse una versión simplificada. La mujer adoptará la posición del perrito con el culo levantado. Esto permitirá una penetración profunda desde el mismo ángulo.

NOCHE 13

Patatas arriba

Algunas noches me colaba en su gimnasio para espiarlo. Me quedaba en el pasillo viendo cómo él obedecía a su entrenadora personal: levantaba pesas, se tumbaba en diversas posturas, movía una pierna o un brazo. Era encantador. Me gustaba verle dominado por otra persona.

Una noche, me pilló. El rostro se le nubló y supe que iba a castigarme. Cogió la toalla, salió de la sala y, agarrada por la muñeca, me arrastro fuera del gimnasio. Condujo hasta casa sin decir palabra y me empujó al cuarto de juegos. «Así que te gusta ver cómo obedezco.»

Todavía húmedo de sudor, se quitó los pantalones de deporte y extendió una esterilla en el suelo. «Mi entrenamiento todavía no ha terminado», gruñó, mientras me desnudaba con rapidez.

«Postura del arado», ordenó sin apenas darme tiempo a reaccionar. Me empujó por la espalda y me colocó los tobillos junto a la cabeza, dejándome expuesta debajo de él. Enfocó su miembro hacia abajo, flexionando las piernas. «Dios mío», pensé. Esperó un instante y luego empezó a entrar y salir lentamente, abriéndose paso en mí para su propio placer mientras yo yacía indefensa debajo de él.



EL TOQUE SENSUAL



1. Los flagelos, disponibles en la mayoría de los sex shop, pueden estar hechos de diversos materiales. Si sois principiantes, empezad con algo suave, como las cintas de raso.

2. Comienza despacio, arrastrando las cintas por el cuerpo de tu pareja. Al poco, las líneas del flagelo empezarán a marcarse ligeramente sobre su espalda y sus nalgas. ¿Hermoso? Prueba con un poco más de firmeza. Busca áreas carnosas, no huesudas.

3. Cuando tengáis más experiencia, probad otros materiales. El caucho puede resultar muy estimulante para algunos, mientras que hay quien prefiere el clásico cuero o los flagelos con púas. Otros juguetes, como unas pequeñas fustas o los látigos, resultan también

muy estimulantes, ya sea simplemente como complementos a un disfraz o bien para usarlos. Cuida de no excederte y mantén un ritmo razonable. El objetivo es el placer, no el moretón.

NOCHE 14

Latigazos

«Quiero preguntarte algo.» Él sonrió perezosamente, retirando sus largas piernas de encima de mí. «¿Por qué todas las cerraduras están echadas?». De todas las puertas y cajones de la sala colgaban candados plateados.

«Mis juguetes son valiosos», replicó. «Sólo los saco cuando es preciso.»

Me sentía jugetona tras aquella velada de placer. «Apuesto a que están vacíos», bromeé, hurgando en sus costillas. «Don Misterioso. A mí no me engañas.»

Se acercó hasta una caja fuerte que había junto a la puerta. Introdujo un código y sacó un llavero cargado de llaves. ¿Cómo podía saber dónde estaba cada cosa? «Como te decía, sólo los saco cuando son necesarios», dijo mientras abría un armario alto. «Y creo que ha llegado el momento.»

Miré los objetos que había sacado del armario. Tiras de seda, caucho y cuero... todo negro, con mangos de plata. «Vuélvete», me ordenó. «Ponte a cuatro patas.» El primer toque fue suave, como una brisa. Cambió de artilugio y algo más áspero me golpeó las nalgas y los muslos. «¿Te gustan mis juguetes, cariño?» Llegó un nuevo azote, calentando mi pálida piel como una lámpara. Y me gustaba. Oh, sí, me gustaba.





NOCHE 15

Unos buenos azotes

Aquella noche cenamos en un club selecto en lo alto de una colina de la ciudad. Todos los camareros lo conocían por su nombre. Pidió para mí sin preguntarme qué quería.

«Estás preciosa con ese vestido», dijo, mientras cortaba la carne. Me había puesto un vestido gris corto y ajustado. Mientras bebía el vino, sentí su mano deslizándose entre mis rodillas. Avanzó hasta mi sexo y se detuvo. «Me has desobedecido», me acusó. «Llevas bragas.»

«Es que este vestido es prácticamente transparente...»

«Yo decido lo que te pones. y lo que no», replicó. Me sacó del comedor y me condujo a través de pasillos oscuros hasta una sala vacía. «Arrodíllate», dijo, señalándome una alfombra persa. Me alzó el vestido y me acarició el culo por encima de la prenda de encaje. «Lástima que sean tan bonitas», murmuró. Me pegó con la palma y, de un manotazo, me arrancó las bragas y las tiró.

Me golpeó otra vez, suavemente, y luego volvió a pegarme. Su mano estaba caliente, y yo cada vez más mojada, a pesar de mi enfado. «Abre las piernas», me ordenó. Y me dio una palmada allí, suave primero, luego con firmeza. «¿Recordarás mis órdenes?», preguntó. «Sí señor», respondí.





NOCHE 16

Por atrás

Irrumpí en su habitación, loca de deseo. «¿Qué ocurre?», inquirió, levantando la mirada de su libro y arqueando una ceja. «No te he hecho llamar.»

«No importa. Hoy serás tú quien haga lo que yo quiera.»

«Sí, ¿eh?» No era una pregunta. Reuní todo mi valor para ordenarle: «Desvístete». No se movió. «Por favor, señor», añadí. Se levantó y se bajó la cremallera del pantalón. Luego, se quitó la camiseta negra y antes de que yo pudiera moverme, él estaba ya detrás de mí, tirando de mis caderas con sus manos fuertes.

«¿Dando Órdenes, cielo?», susurró mientras frotaba su pene por el surco resbaladizo entre mis piernas. «Tal vez necesitas algo de mano dura esta noche.» Rodeó mis piernas con sus muslos y me penetró de repente.

Me derretí sobre la cama y él se movió sobre sus talones, colocando mis piernas alrededor de sus caderas. Volvió a caer sobre mí, desde un nuevo ángulo, exquisito. Gemí, sosteniéndome sobre los brazos para que él pudiera jugar con mis pechos. Poco a poco fui perdiendo el control. Él presionaba hacia abajo, con la mano sobre mi cuello. «Eso está mejor», murmuró sin dejar de moverse con esmero. «Buena chica.»



EL TOQUE SENSUAL



1. No hay ningún truco mágico para practicar una felación. Alegría, entusiasmo y voluntad de experimentar es todo lo que se necesita.

2. Comienza despacio, jugando con la lengua en la punta y el frenillo, ese punto mágico donde la cabeza del pene encuentra el falo. Espera hasta que esté bien caliente antes de metértelo entero en la boca.

3. Presta atención a las reacciones de tu pareja para descubrir que desea. ¿Le gusta que le toques el pene mientras le chupas? ¿Lo prefiere rápido, lento o lo suyo es la succión?

4. Anímalo a que juegue él también. Guía sus manos hasta tus pechos o, si está echado, ponte a horcajadas sobre él en la postura del 69 de manera que os deis placer mutuamente.

NOCHE 17

A su servicio

Cada noche, antes de tocarme, él leía mi diario con atención, sentado en sus sillón, mientras yo me tendía desnuda a sus pies. «Progresas adecuadamente», dijo. «Pero todavía hay materias en las que deberías esforzarte más.»

Se puso de pie delante de mí y se desabrochó los vaqueros, liberando su erección. A la altura de los ojos, me pareció enorme. «Abre la boca», ordenó. Lo hice, tomando con delicadeza la punta de su pene con los labios. Él empujó hacia delante y yo retrocedí ligeramente. Insistió, tomando mi cabeza entre sus manos y empujando. «Usa la lengua, querida. Rodea la punta. Y luego, arriba y abajo.»

Lo lamí entero y jugueteé con la lengua alrededor de la punta. «Así, así», suspiró. «Ahora más adentro.» Coji ritmo y abrí la boca ampliamente para poder tragármelo entero.

Tomó mi mano entre las suyas y la guió hasta los testículos. «Aquí también.» Los palmeé con delicadeza deslizando un dedo hacia atrás para acariciar toda la piel. «Una alumna aventajada», alabó entre jadeos. Rodeé sus caderas con los brazos y lo atraje todavía más hacia mí, sintiendo que ahora sí lo tenía bajo mi poder.



EL TOQUE SENSUAL



1. La garganta profunda es un reto para los dos miembros de la pareja. Él necesitará ir poco a poco y ella debe estar dispuesta y relajada. Algunas mujeres dicen practicar con helados o caramelos.

2. Empieza introduciendo su pene en tu boca tanto como te sea posible sin que te resulte incómodo. Tras varios minutos, o varias sesiones, lograrás profundizar cada vez más.

3. El éxito de esta práctica depende del ángulo. Experimentad con diversas posiciones y enfoques para encontrar la que os resulte mejor. La mujer tendrá que concentrarse en respirar profunda y regularmente para relajar la garganta.

4. Rodea la base del pene con una mano para que él experimente la sensación de hallarse totalmente dentro sin que tú llegues a sentir náuseas.

NOCHE 18

Garganta profunda

La noche siguiente a la lección de sexo oral, me llevó a su dormitorio. Yo esperaba que mi formación tomaría un nuevo rumbo. Sin embargo, hizo que me tumbara al borde de la cama, boca arriba, y me acarició la garganta con las manos y los labios hasta que recosté la cabeza hacia atrás.

«Vamos a continuar con la lección de anoche, cielo», susurró. De nuevo, blandía su creciente erección ante mis ojos.

«Relaja el cuello», me indicó. Se abrió paso entre mis labios y empezó a moverse lentamente al principio, y luego cada vez más rápido. «Quiero ver cuánto puedes tragarte.»

Se inclinó sobre mí y fue profundizando poco a poco en mi boca. Cuando empujó impaciente hacia el interior, la sensación fue extraña pero excitante. Podía sentir que él deseaba empujar más fuerte pero que, sin embargo, se refrenaba. Eché la cabeza totalmente hacia atrás y me obligué a relajar la garganta, ansiosa de tenerlo entero dentro de mí. Él siguió entrando, cada vez más adentro, increíblemente adentro. Alcancé sus fuertes muslos por encima de mi cabeza y tiré de ellos llegando hasta que llegué a la base de su miembro y él se vació en mi garganta, gruñendo como un león.



NOCHE 19

Rendida al placer

Estaba furiosa cuando oí sus llaves girar en la puerta. Era más de medianoche. «¿Dónde estabas?», le grité por el pasillo, consciente del deje de celos que traslucía mi voz. ¿Había estado con otra?

Él se acercó con paso despreocupado y dejó su maletín. «Trabajo», dijo. «Mi trabajo. No es cosa tuya.» Se aflojó la corbata y se desvistió lentamente. Pronto, mi rabia se había disipado bajo una oleada creciente de lujuria. Se quedó al otro lado de la cama y suspiró, cubriéndose los ojos con el antebrazo. Me di cuenta de que estaba agotado.

Avergonzada, le acaricié el fuerte abdomen y las piernas con la palma de la mano. Su pene se agitó. Al menos una parte de él no estaba cansada. Lo atraje hacia mi boca. «Te dormirás con una sonrisa, querido», le dije en voz baja. Entonces, sin previo aviso, se apartó. «¿Qué ocurre?», pregunté. «¿Te hecho algo mal?»

«En absoluto, cielo. Date la vuelta y ponte a horcajadas sobre mí.» Así lo hice y él atrajo mis caderas hacia su cara. Oh, Dios. Sentí su lengua acariciándome, rodeando mi clitoris, mientras yo llevaba mi boca hacia su miembro hinchado. Pronto, su habilidad superó a la mía y me corrí, en grandes y estremecedoras ráfagas de placer.

Cuando mi orgasmo terminó, cambié de postura para seguir chupándole desde un nuevo ángulo. «¿Adónde crees que vas?», dijo. Me agarró de las caderas y me hizo ponerme sobre él de nuevo. «Yo... ya he terminado», tartamudeé.

«Habrás terminado cuando yo lo diga», gruñó, y hundió sus dedos en mi carne. «Voy a hacer que te corras al menos otra vez. O tal vez dos. O tres. ¿Qué te parece?»

Repliqué que no creía que mi cuerpo pudiera hacerlo, pero él redobló los esfuerzos como única respuesta. Poco a poco fui cogiéndole el ritmo a nuestra danza, acariciándole con la boca mientras su lengua y sus dedos recorrían mi clitoris y se abrían camino dentro de mí. La energía circulaba ya a través de nosotros, creciendo en perfecta armonía y quiéndonos hacia la inevitable explosión... una y otra vez.





NOCHE 20

Perder la cabeza

Dio un paso atrás, mirándome de pies a cabeza. Yo me miré en el amplio espejo del cuarto de juegos, sintiéndome estúpida. El trapo de tafetán con que me había hecho vestirme se dividía en la entrepierna, salvando la obscenidad sólo con un breve tanga negro.

«Parezco una bailarina de striptease», me lamenté.

«Estás... increíble», aseveró él, metiendo un dedo por el atrevido escote. Aquello me puso de mal humor. «No», dije al tiempo me empezaba a quitarme aquello de encima y me apartaba de él. «No quiero esto esta noche.» Todavía no había acabado de decirlo y ya sabía que no era cierto. Él también lo supo. Me conocía demasiado bien.

Antes de que pudiera llegar a la puerta, se arrodilló y me agarró del brazo, tumbándome sobre sus hombros. Solté un grito ahogado. Era más fuerte de lo que imaginaba. Me levantó con facilidad, cargando todo mi peso y sujetándome sólo con una mano. Se volvió y me sonrió. «¿Adónde, mi amor?», susurró. «¿Quieres que te lleve a casa?»

«No», repliqué escondiendo una sonrisa contra su hombro, encantada con aquella sensación de ingravidez. «Llévame... a la cama.»





NOCHE 21

Con mano dura

Afuera llovía y yo me entretenía fantaseando con cambiar de imagen. Estaba harta de mi pelo largo y había dibujado algunos bocetos de mí misma con una serie de cortes cortos y de media melena.

Cuando él los vio, frunció el ceño. «¿Pensando en cortarte el pelo?», me preguntó. Me eché el pelo sobre el rostro y lo miré con descaro a través de los mechones.

Me dio la vuelta y tomó el cepillo de mi bolso. Despacio, me cepilló la melena y me la recogió en una larga cola de caballo. «Gracias», suspiré, recostada sobre él. Entonces, me dio un cachete en el culo con la parte plana del cepillo para obligarme a levantarme.

Me arrancó el vestido y me tiró boca abajo sobre el sofá, dejando mi culo en alto. «Déjate el pelo largo», me susurró. Me inmovilizó un brazo detrás de la espalda y agarró la cola de caballo, tirando de ella como si se tratase de una rienda. Me mordió ligeramente los hombros y la nuca y se me aceleró el corazón. «Necesito unas bridas cuando monto», dijo mientras retorció mi pelo con el puño.

Me reí, enterrada entre cojines, divertida y excitada. «Sí mi señor», consentí. «Si tan importantes son para él, mi maestro tendrá sus bridas.»





NOCHE 22

Dolor placentero

«Inclínate hacia atrás. Más, un poco más. Arquéate. Déjame observar esos preciosos pezones.»

Me arrodillé, previendo sus caricias, con los pezones erectos al adivinar lo que estaba por venir y recordando los pellizcos y los juegos que tan crueles me habían parecido la primera vez. «Cierra los ojos», me ordenó.

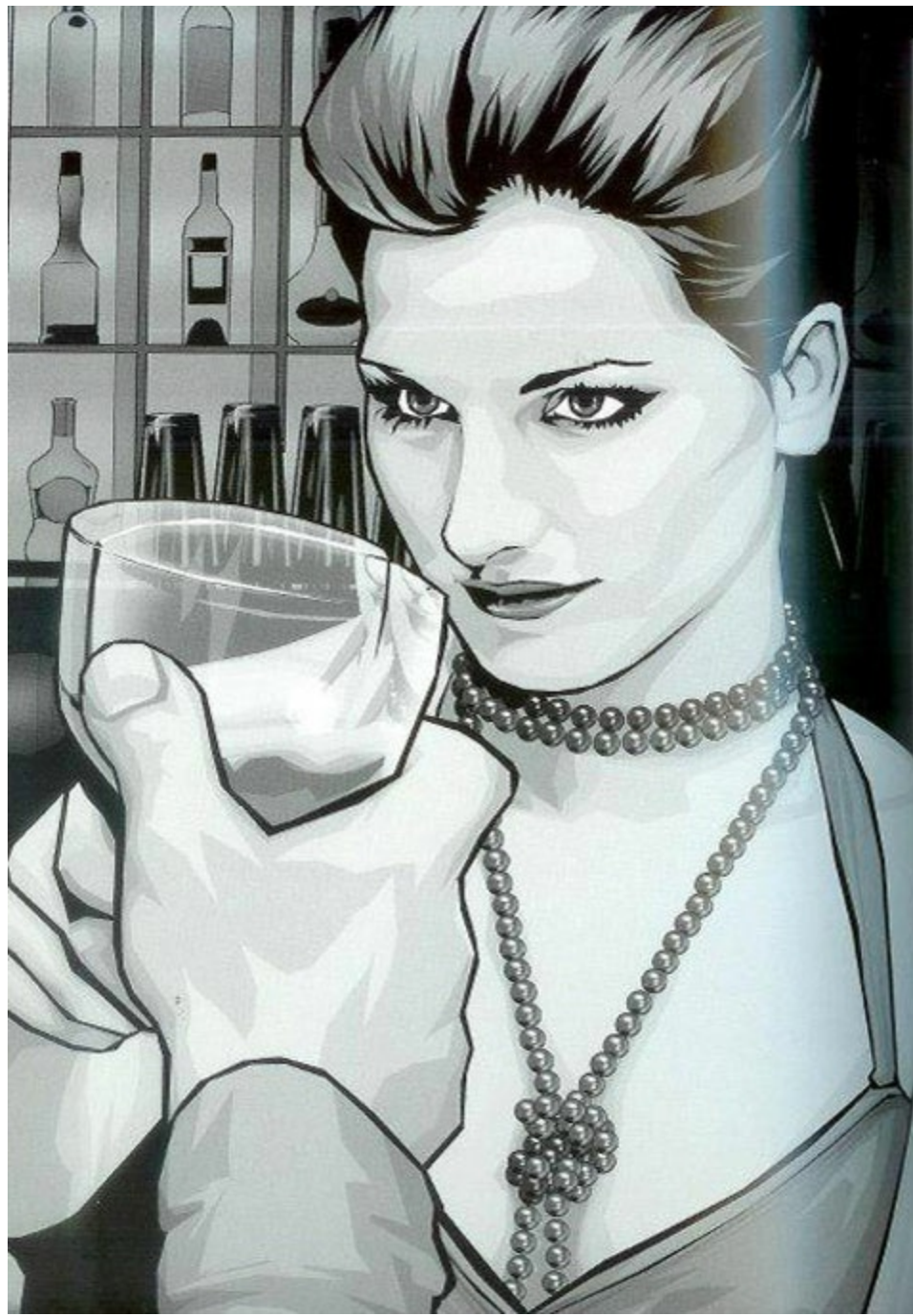
Me tomó un pecho con la mano y sentí un pellizco, que fue intensificándose hasta que se volvió más firme, entre excitante y doloroso.

«Esto es una pinza para pezones», me explicó. «De iniciación. De momento, vamos a hacerlo sencillo.»

Me puso una pinza metálica en cada pezón, unidas por una cadena metálica. Arqué la espalda para mostrarme, y él tiró suavemente de la cadena. Jadeé sorprendida. «Así que te gusta, ¿eh?» Asentí con un gemido cauto, temiendo su respuesta si me mostraba demasiado entusiasta.

«Bueno, en ese caso», dijo sonriendo, «subiremos un poco la intensidad». Y oí el tintineo de las cadenas de un nuevo juego de pinzas.





NOCHE 23

Conocerás a un extraño

Me pidió que nos encontrásemos en un lujoso bar del centro. Me puse el vestido rojo que tanto le gustaba, entre elegante y provocador. Lo esperé bebiendo lentamente una copa de vino. Aquella noche tenía planes para él.

No tardó en entrar. Lo estudié como hubiera hecho con un extraño. Alto. Hombros anchos. Aire resuelto. Sin duda, era un buen candidato. Se sentó a mi lado como si aquel fuera su sitio y se inclinó para darme un beso. Me aparté. «¿Nos conocemos?» pregunté cortésmente.

Se echó hacia atrás con los ojos brillándole de diversión. «No tengo el placer, señorita. La he confundido con otra persona.» El camarero le sirvió un whisky y él levantó la copa para brindar mientras me comía con la mirada. «Permitame que me presente», dijo. «Soy un hombre de negocios y me encuentro de viaje por trabajo.»

«¿Y qué clase de negocio se trae entre manos?»

«Presto un determinado tipo de servicios», murmuró, mientras cruzaba la pierna y su muslo rozaba el mío. «Se podría decir que ayudo a cubrir vacantes.»

«¡Qué interesante!», dije, haciéndole señas al camarero para que volviera a llenarle el vaso. «Creo que yo tengo un puesto que le interesará cubrir.»



EL TOQUE SENSUAL



1. Los tríos constituyen una diversión caliente que puede llegar a quemar. Para que nadie salga herido, aseguraos de que todas las partes quieren participar y habladlo todo antes. Que quede claro entre los miembros de la pareja qué se puede hacer y qué no. Tal vez las relaciones del hombre con la otra mujer estén descartadas, o quizá no deba besarla. Poned límites y reglas. ¿Será una aventura de una noche o algo estable?

2. Repartid la atención equitativamente. Si alguien está dando placer (sea con una felación o un cunnilingus), debe recibirlo

también, mediante penetración o sexo oral.

3. Buscad un ritmo relajado a tres bandas en lugar de obsesionaros con replicar el dibujo que aparece arriba. Si os sentís cómodos, os divertís y os corréis, siempre podréis repetir para alcanzar nuevos hitos.

NOCHE 24

Regla de tres

«¿Ésta?», me preguntó divertido. «No, aquella otra», insistí yo, señalando a una mujer esbelta, de largo cabello negro, que se movía ágil por la pista de baile. Le había costado mucho convencerme para esta particular lección, y ahora yo estaba decidida a elegir por los dos.

«Sus deseos son órdenes», accedió, y se metió entre la multitud. Los vi bailar juntos y cómo primero le acarició el largo cuello, luego la espalda y finalmente el pequeño culo. Ya es suya, pensé, mientras me inundaba una oleada de celos y deseo. Habría podido hacer con ella lo que hubiera querido, allí y en aquel preciso instante. Entonces, él le dijo algo al oído, me señaló y me sonrió con picardía.

Algunas horas después, esa misma sonrisa volvió a aflorar en sus labios, mientras ella hundía su cabeza entre mis muslos para acariciarme con la lengua. Yo gemí, separando más las piernas. Era tan distinto hacerlo con una mujer; era todo tan suave... Lo entreví tras ella. Él le acariciaba el culo y la penetró por detrás sin dejar de mirar cómo ella me chupaba con frenesí. «Creo que ya está lista para ti», le dijo. Se puso a horcajadas sobre mí, guiando mis manos hacia su sedoso montículo y él resbaló directo desde el cuerpo de ella hasta el mío.





NOCHE 25

La chica del abrigo rojo

Nuestra relación alcanzó un nuevo hito: me invitó a cenar con sus colegas. Llegamos a un loft moderno y austero, todo de mármol y metal. Sus compañeros de trabajo y sus elegantes mujeres me saludaron con curiosidad, analizándome. El anfitrión se ofreció a quitarme el largo abrigo de seda, pero yo me negué. «Paso mucho frío en estas casas tan grandes», me disculpé, mientras sonreía cortésmente.

Cuando pasábamos a la cena, me apartó a un rincón en un pasillo oscuro. «¿A qué estas jugando?», susurró. Abrí ligeramente las solapas del abrigo y presioné los pechos desnudos sobre él. «A esto», musité, seductora.

«¿Ahora precisamente?», espetó. «¿Eres consciente de dónde estamos y con quién?»

«Perfectamente», le dije desabrochándome el abrigo del todo. Debajo, estaba desnuda y suave, y en mi sexo bombeaba la sangre caliente. Gruñó frustrado y cerró el abrigo, abrochándolo con rudeza antes de que regresáramos al salón. Le sonreí durante todo el primer plato. Sabía que antes del segundo estaría acariciándome el muslo, con el postre me metería los dedos y, luego, me follaría en aquel pasillo oscuro mientras sus colegas tomaría coñac y se preguntarían quién diablos era yo.





NOCHE 26

Cambio de guardia

Mi diario rebosaba de fotografías, dibujos y crónicas de lo que había estado haciendo conmigo, además de detalles de mis sueños y fantasías. Yacíamos entrelazados en el sofá, agotados tras horas montándonos, y él lo leía en voz alta, alabando mi concienzudo trabajo.

Rodé hasta ponerme sobre él. «Entonces, me he graduado», le dije. «He terminado los estudios.»

«El estudio de uno mismo no termina nunca», replicó. «Pienso seguir enseñándote el resto de tu vida.» Se deslizó entre mis piernas, listo para empezar de nuevo, pero yo lo detuve.

«Mañana seré yo la que te haga llegar un cuaderno en blanco», anuncié. «Y espero que lo completes como yo he hecho. Ahora es mi turno de jugar a ser la maestra, querido, y tú serás mi aplicado alumno.» Consideró la idea, con una sonrisa acechando en algún rincón de sus ojos oscuros.

«Y una cosa más», le dije mientras pasaba un dedo por su pecho sudoroso. «Necesitaré las llaves.»

«¿Qué llaves?»

«Las llaves del cuarto de juegos, cariño. Va a ser mi clase, y a ti te tocará aplicarte.»



EL TOQUE SENSUAL



1. Prueba a mordisquear a tu amante durante los juegos preliminares para ver si le gusta la mezcla de dolor y placer. Si es así, muerde ligeramente más fuerte y pregúntale si quiere más.

2. Los hombros, la nuca, el cuello, la tierna parte interior de los brazos y los muslo, los dedos de los pies y de las manos. Todos ellos son ideales para morderlos suavemente. Hazlo de manera inesperada para excitar más a tu amante. Prueba incluso a morderle durante el orgasmo, cuando las sensaciones dolorosas pueden percibirse como auténtico placer.

NOCHE 31

Un aperitivo de placer

Tirada sobre el suelo del cuarto de juegos, mordisqueé los dedos de sus pies descalzo, húmedos todavía por el baño relajante que acabábamos de tomar.

Se estremeció al sentir el cosquilleo y yo le mordí el empeine con más fuerza. Luego, deslicé mis largas uñas por sus gemelos y recorrieron todo el muslo, hasta llegar al abdomen musculoso. Me hice la remolona allí unos momentos, mientras observaba su miembro erecto, consciente de lo que él preveía que iba a suceder.

Sin embargo, me resistí a la tentación y seguí avanzando. Junte mis labios con los suyos y le mordí ligeramente la mandíbula. Luego, le mordisqueé una oreja. Supe que le gustaba porque se removió en la silla y trató de encontrar mis manos. Escapé de su alcance y me puse de pie detrás de él. Agarré su miembro con una mano y coloqué suavemente mis dientes sobre su cuello. «¿Qué te parece si me convierto en tu vampira?» le susurré.

«No», suplicó, frotándose contra mi mano. «Serías extraordinariamente perversa.»

Le mordí más fuerte, sintiendo cómo palpitaba la sangre justo debajo de la piel.





NOCHE 28

Cuéntame un cuento

Aquella noche me desnudé para él en el balcón. El viento se fue llevando mi ropa. Primero, las medias de seda que él me había comprado. Después, mi vestido plateado se sumergió en la profundidad de la noche, para sorpresa de quienquiera que lo encontrase a la mañana siguiente.

Ya dentro del piso, se abalanzó sobre mí pero yo lo rechacé y lo empujé hacia el sofá. «Esta noche no voy a dejar que me toques», le dije mientras me colocaba a horcajadas sobre él. Él gimió de frustración.

«En lugar de eso te contaré un cuento de buenas noches. Había una vez un príncipe que gobernaba un gran castillo. Un día, salió a cabalgar y una bruja de cabellos dorados lo llamó desde el bosque. Atraído por su belleza, fue hacia ella pero la bruja lo hechizó y él se sumió en un sueño profundo. Despertó en una celda, encadenado a una cama de hierro. Permaneció allí durante días.» Empecé a mover la mano en su entrepierna. «Cada noche, la bruja entraba en el calabozo para darle pan y miel.» Lo besé suavemente en el pecho y el abdomen. «Y utilizaba sus encantos para extraer la fuerza del príncipe y usarla en sus pociones. No hay nada más poderoso que la semilla de un príncipe.»

Y mis labios hicieron el resto.





NOCHE 29

Confía en mí

A la hora de cenar, encontró junto a los cubiertos un pañuelo de seda gruesa en lugar de una servilleta. Lo alzó con una mano divertida. «La de hoy es una lección muy seria», le advertí. «No lo tomes a broma.» Doblé el pañuelo y le tapé los ojos con él.

«¿Tengo que comer así, mi señora?», me preguntó.

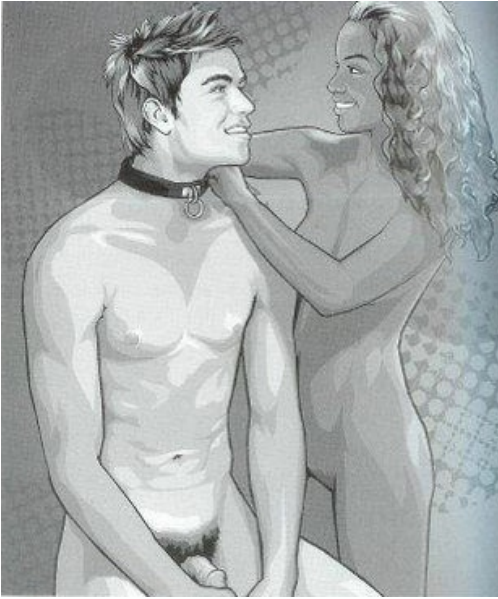
«Sí», le respondí. Cogí de la cocina un plato que había preparado y lo puse delante de él. Disfruté al ver cómo vacilaba al pinchar los trozos de comida. Ignoraba qué eso lo inquietaba. Después, le hice caminar hasta el cuarto de juegos. Se movió con cautela, los brazos extendidos, y una vez en el cuarto, se desnudó con manos torpes.

«Ahora, dame placer», ordené mientras me recostaba en la cama. Se arrodilló, se acercó a mí y empezó a acariciarme las piernas. «Te me antojas... desconocida.» Me acarició con extrema prudencia. «Podrías ser cualquiera.»

«Exacto. Podría ser cualquier persona. Una extraña.» Acerqué un pecho a una de sus manos, que buscaba, y él deslizó la otra mano entre mis piernas. «Tal vez alguien en quien puedes confiar. O tal vez alguien... peligroso.»



EL TOQUE SENSUAL



1. ¿Se ha portado bien? Recompénsalo con un collar de cuero, caucho o acero inoxidable. La mayoría incluyen ganchos, argollas y cerraduras para que puedas agregar accesorios, como correas o cadenas que pueden engancharse a su vez a otros mecanismos de sujeción. Elige los que sean más fácilmente ajustables gracias a hebillas o anillos y que se adapten mejor a tu pareja.

2. Colócale el collar en la intimidad de la noche o, si realmente es de tu «propiedad», pídele que lo luzca en público. Considéralo como un símbolo de vuestra relación, como una medalla con su nombre o un detalle que tiene sentido para ambos. También puedes adquirir una cadena aparentemente convencional que tenga un significado secreto y especial par vosotros dos.

NOCHE 30

El collar

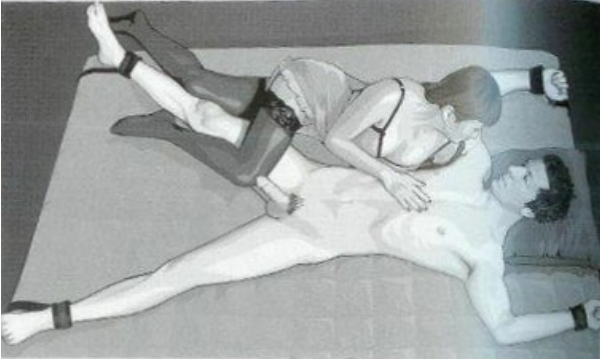
Me arqueé sobre él, deslizándome lentamente hacia arriba y hacia abajo, sintiendo su firme erección. Trató de guiarme para que me moviera más rápido, pero yo aparté sus manos de mis caderas y las deposité suavemente sobre las sábanas. «Respetar las normas», le recordé.

Saqué su miembro de mí y lo usé para estimular mi propio orgasmo, a la vez que retrasaba el suyo. El calor aumentaba y sentía oleadas de placer en mi interior. Apreté mi boca contra la suya y me corrí, susurrando su nombre. «Maldita sea», jadeó mientras trataba de voltearme y penetrarme de nuevo. Se lo impedí. «¿Eres mío?», le pregunté. «Lo que tú quieras», replicó. «Pero déjame acabar.» En lugar de eso, me levanté y abrí un armario junto a la cama. Rebusqué entre sus exóticos juguetes.

Encontré lo que buscaba y regresé a la cama. Le pregunté de nuevo: «Eres mío?» Él asintió con la cabeza y yo abroché un collar negro de cuero alrededor de su cuello. Enganché una cadena metálica a la argolla central y la agarré firmemente con la mano. Me deslicé sobre él, metiéndome hasta el fondo abruptamente. «Mío», suspiré, tirando con suavidad de la cadena mientras él levantaba la cadera y se liberaba.



EL TOQUE SENSUAL



1. Los kits de iniciación al bondage son ideales para aprender a atar. Los brazaletes se adhieren fácilmente a los barrotes de la cama y otros muebles. Algunas correas permiten atar los puños o tobillos juntos. Asegúrate de que se halla cómodo y de que sabe que, si se cansa del juego, lo liberarás.
2. Una vez que tu compañero esté en la posición deseada, desnúdate frente a él, tócate y cuéntale con detalle qué vas a hacer con él.
3. Dale cachetes ligeros con las manos, un flagelo o una bufanda. Moléstalo antes de darle placer.
4. Explora las posibilidades del bondage, existe un amplio abanico de opciones: desde barras separadoras o marcos que mantienen las extremidades en posición, hasta el shibari, una compleja y refinada práctica de bondage japonesa. Aunque el bondage avanzado no debe tomarse nunca a la ligera, en la red abundan recursos y videos didácticos.

NOCHE 31

En mis manos

Aquella noche le permití usarme como solía y acabé con sus defensas. Me arrodillé entre las almohadas, con la cara hundida en la cama, y él me penetró desde atrás. Después de su orgasmo, me deslicé hacia él con rapidez y me metí su miembro en la boca mientras todavía lo tenía duro. Trabajé hasta que logré que se corriera por segunda vez.

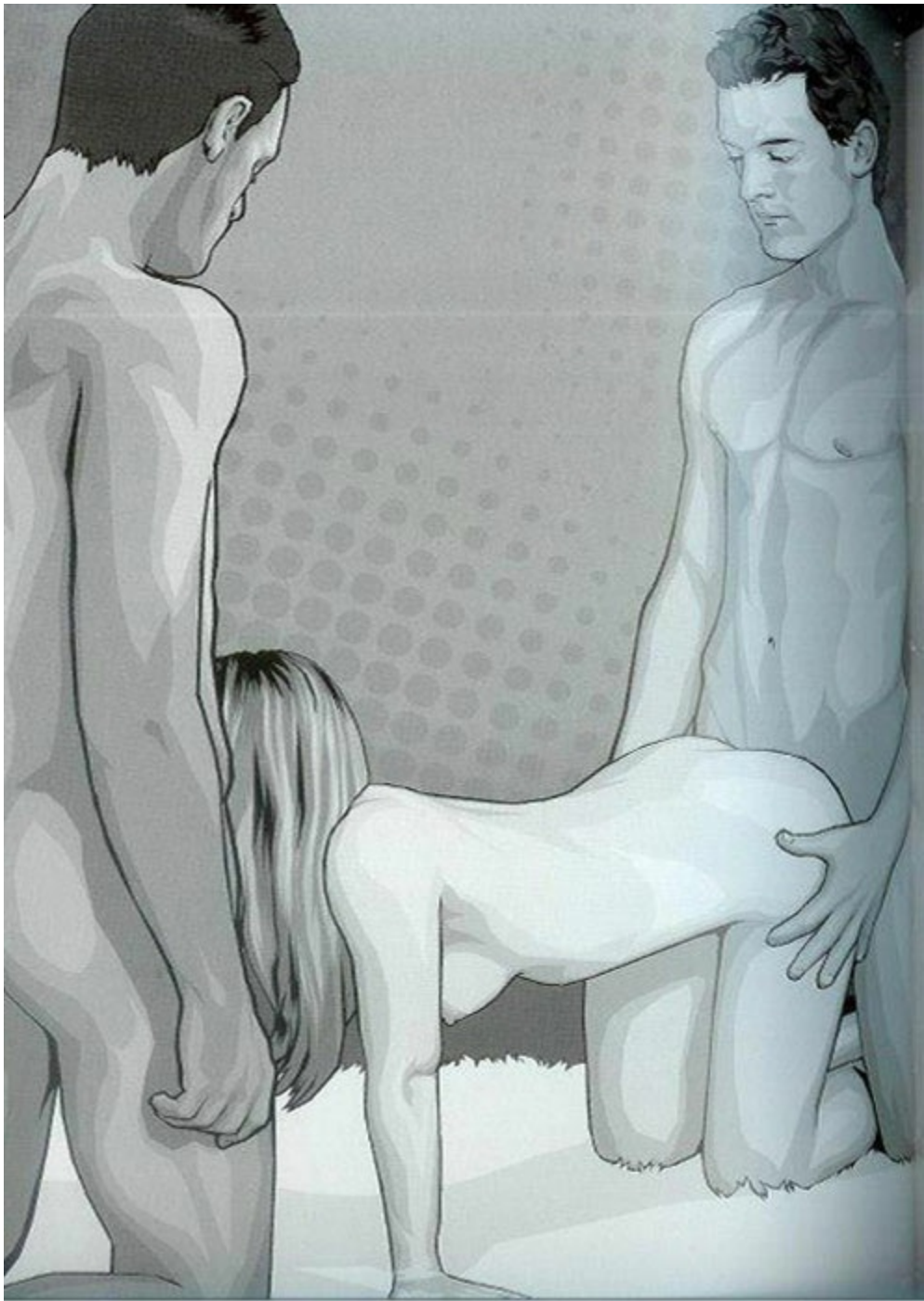
Después, cayó profundamente dormido. Mientras él dormía, recopilé el material que precisaba de los distintos armarios. Le puse un brazalete de cuero en cada muñeca y lo até al cabecero de la cama antes de que sus ojos empezaran a parpadear. Supo enseguida lo que pasaba. Él me lo había hecho muchas noches a mí. Me arrodillé junto a la cama. Le agarré los tobillos y extendí sus piernas. «¿Es esto lo que quieres?», le pregunté. No contestó. «No continuaré hasta que me digas que deseas que te ate.»

Permaneció inmóvil. «Sí, quiero», dijo finalmente.

«Y ¿qué más?»

«Átame.» Y lo hice. Un brazalete en cada tobillo. Tenía las piernas abiertas, su piel pálida resaltando sobre la colcha escarlata. Encendí la luz para poder observarlo a mis anchas. Y le conté, con detalles obscenos, todo lo que iba a hacer con él antes del amanecer.





NOCHE 32

En medio

«¿Otro hombre?» Cuando planteé la idea, él palideció. «No quiero compartirme.»

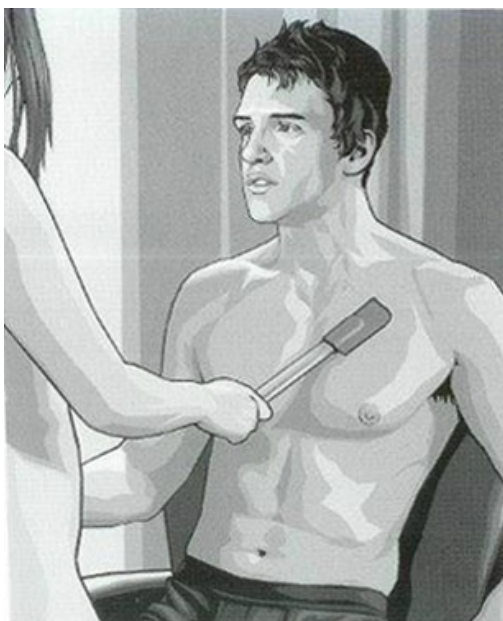
«Josh es un viejo amigo. Nada de competencia. Además, tú nunca lo has hecho con un hombre, así que es una página en blanco en tu diario.» Lo tomé del mentón y lo besé intensamente. «No permito páginas en blanco.»

Aquella noche, en el cuarto de juegos, mi obstinado amante permaneció en su silla, enfurruñado, hasta que me vio meterme el miembro ansioso de Josh en la boca. Se inclinó hacia delante para mirar y Josh ladeó las caderas para permitirle una visión completa de mis labios y mi lengua acariciando su falo. La lujuria y la tensión aumentaron en su cara y Josh le sostuvo la mirada, desafiándolo.

Por fin, se levantó, me agarró de las caderas y me la metió, muy dura y muy adentro. Yo seguí dándole placer a Josh y podía sentir el duelo de miradas en el que aquellos dos hombres se enzarzaban por encima de mí, moviéndose cada vez más rápido y más fuerte. En el aire flotaba la pregunta: ¿Cuál de los dos sería el primero en correrse? Mientras, yo arqueé la espalda de placer, encantada con la lucha de ambos por mi cuerpo y me di cuenta de que, de hecho, iba a ser yo la primera en alcanzar el éxtasis.



EL TOQUE SENSUAL



1. Si tu compañero desea que lo azoten, puedes castigarlo con objetos caseros a modo de atizador: una pala de tenis de mesa o un diccionario harán que se le suban los colores. Si quieres más sofisticación, puedes elegir entre la gran variedad que ofrecen los sex shops, en cuero, caucho o madera.

2. Como todos los juegos que implican infligir dolor, procede con cuidado al principio. Comprueba si le gusta la sensación, y la humillación, o le parece demasiado doloroso. Empieza con azotes alternados con caricias. Si el juego sube de intensidad, reserva los golpes más fuertes para las nalgas y los muslos. En el resto del cuerpo la norma siempre es azotar con suavidad.

3. Luego, calma su dolor con besos intensos y dulces.

NOCHE 33

Azotes

Aquella noche estuvo escribiendo concienzudamente en su diario mientras yo tomaba una copa de vino en la cocina y pensaba en lo siguiente que iba a hacer con él. Estaba encantada y también sorprendida por su deseo de ser dominado, como si estuviéramos explotando una mina de cuya existencia ninguno de los dos había tenido noticia antes.

Cuando terminó de escribir, deslicé mis dedos por su pelo y leí en voz alta: «Esta noche, mi señora, deso inaugurar una nueva tradición. Cada noche, a la hora que elijáis, me ordenaréis que os traiga un atizador. Me pegaréis con él y no pararéis hasta que os dé las gracias por hacerlo.» Me reí. «¿De verdad has estado soñando con esto?» Él asintió, ligeramente ruborizado. «Vamos a hacerlo todavía mejor», repliqué. «Cuando te haga esta petición, improvisaremos con cualquier cosa que tengamos a mano.»

Sonrió como si hubiera estado esperando esa respuesta. Fue hasta un cajón de la cocina, sacó una espátula, se desabrochó la camisa y me puso el mango en la mano. «Por favor», rogó. Alcé la espátula y la dejé caer sobre su piel. El sonido fue brusco y agradable. Ambos nos quedamos asombrados mirando la marca escarlata que se dibujó en su pecho, preguntándonos adónde nos llevaría.





NOCHE 34

Chico malo

Estábamos en el cuarto de juegos. Yo vestía un traje gris de lana, tenía el pelo recogido en un moño alto y llevaba unos pequeños anteojos. Se arrodilló ante mí con la cabeza gacha y las manos sobre las rodilla. «Al final, has suspendido», le informé. Él asintió con la cabeza. «Todas las respuestas eran incorrectas. ¿Qué excusa tienes esta vez?»

«Ninguna, mi señora. Sólo puedo pedir disculpas.» Me miró con la emoción y la risa contenida en la mirada.

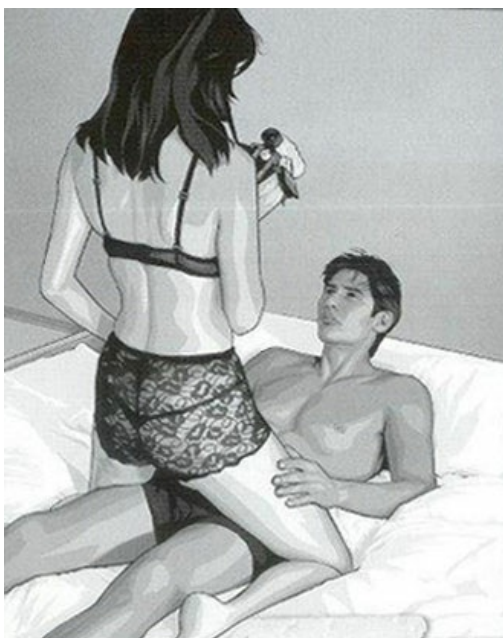
«Esto requiere un castigo ejemplar», le espeté al tiempo que sacaba una regla fina, elástica y sin aristas. Me senté. «Tumbate sobre mis rodillas.» Lo hizo. Y, maldita sea, ¡cómo pesaba! La próxima vez usaremos el sofá. «Un azote por cada respuesta errónea. Empecemos: cinco por diez.»

«Sesenta y tres», respondió. Le reprendí con un buen azote. «¿Cuarenta y ocho?», aventuró. El siguiente golpe fue más duro y sentí cómo crecía su erección contra mis muslos. «Esto precisa medidas más drásticas.» Le bajé los pantalones y liberé su sexo. «La próxima vez, te corregiré con la boca. Cinco por diez.»

«Mil», murmuró. Me atrajo hacia el suelo y me arrancó un botón del vestido en su afán por desnudarme. «Diez mil, un millón», prosiguió hasta que lo acallé con un beso.



EL TOQUE SENSUAL



1. Vale la pena invertir en una cámara de video pequeña, ligera y fiable, fácil de usar en pleno arrebató y que no necesite grandes ajustes.

2. Antes de empezar, dejad claro qué haréis con las grabaciones, para que no haya sorpresas desagradable en el futuro.

3. Colocad la cámara sobre un trípode junto a la cama y grabaros juntos. Una felación o un coito en la posición del perrito son perfectos para capturar un primer plano de la penetración. Para grabar los encantos femeninos es preferible que ella esté encima. La posición del misionero no es demasiado cinematográfica.

4. También podéis grabaros uno para el otro. Recuéstate y filma cómo te masturbas (rota el visor de la cámara para comprobar que te estás encuadrando bien). Aderézalo con una narración en voz alta de tus fantasías y pensamiento mientras te tocas.

NOCHE 35

Te espío

Le pasé aceite, ordenándole que se lo echara sobre el abdomen y los muslos. Jugueteé con los dedos sobre la piel lustrosa y ligeramente perfumada, trazando líneas lentamente hasta su pene y alrededor de su pezones. Luego, vertí unas gotas en la palma de su mano y me senté.

«Enséñame lo que hacer por la noche cuando estás solo», le ordené.

«Pero yo nunca estoy solo. No por la noche», dijo riendo. Me puse a horcajadas sobre él y envolví su miembro con sus propios dedos. Obediente, empezó a acariciarse aunque siguió sonriéndome, reticente a tomarme en serio.

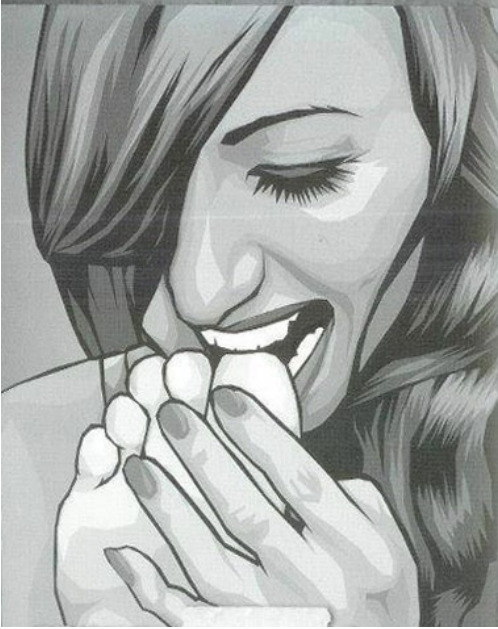
Me enfurecí. Salí del dormitorio y corrí al estudio en busca de la cámara de video. Sabía que la guardaba en su escritorio. Luego, lo inmovilicé con las rodillas y le enfoqué con la cámara.

«Ahora vas a enseñármelo todo», le dije.

Con la cámara entre ambos me sentí más fuerte y él también lo percibió. Su mano aceitada se movió más rápido, como si la luz roja de la cámara le obligara a hacerlo.



EL TOQUE SENSUAL



1. Los pies son bastante sensibles, especialmente los dedos. Prestarles atención no sólo es estimulante, sino también relajante.
2. Hazles un homenaje a sus pies lavándolos en agua perfumada. Luego, sécalos con una toalla suave. Ponte aceite en la manos y masajéale las yemas de los dedos, los nudillo, los talones, el empeine...
3. Retira el aceite de sus pies y toma cada dedo entre tus labios. Chúpalos suavemente y termina con un beso en la yema. Si la ceremonia va en la línea de un auténtico acto servicial puedes ofrecerle una pedicura.

NOCHE 36

Para chuparse los dedos

Creo que lo mejor de su piso era aquella bañera. Un óvalo grande de mármol negro con un tragaluz sobre él que mostraba el espectáculo de la ciudad de noche.

Saqué una pierna de las burbujas y lo acaricié con los dedos de los pies. «Tienes unos pies bonitos», me dijo, así que levanté más el pie para hacerle cosquillas en el pene con los dedos.

«¿Y los tuyos, amor?», le pregunté agarrándole un pie. «¿También son hermosos?» Curiosamente, lo eran. Los pies masculinos siempre se me habían antojado desagradables y llenos de dureza. Los suyos, sin embargo, eran suaves y elegantes, como todo él.

Le lamí el dedo gordo y luego le pasé la lengua por entre cada uno de los dedos. Él suspiró de placer, así que le mordisqueé la planta del pie y luego sorbí, lentamente, cada uno de los dedos como si le estuviera haciendo una felación.

«Esta noche me estás sirviendo tú a mí», observó lánguidamente.

«Porque yo quiero», le contesté. «Todavía estoy al mando, no te engañes.»





NOCHE 37

El arte del taconeo

Había cajas por todo el pasillo. En cada una rezaba el nombre de un diseñador de zapatos. Anduve entre ellos, y me fui probando un par de botas de cuero tras otro y estudiando su rostro para ver cuáles le complacían más.

Cuando subí la cremallera de unas que terminaban justo bajo mis desnudas nalgas, con unos tacones que me hacían más alta que él, dijo: «Éstos». Me volví para que disfrutara de mi culo alzándose sobre aquel par de botas.

«Tumbate boca abajo», ordené. Rodó obediente. Yo estaba de pie junto a la cama, apoyada en el borde de la mesilla de noche para mantener el equilibrio y coloqué un talón sobre su trasero. «¿Es así como le gustan a mi siervo los masajes?», pregunté. Él no contestó, sólo colocó una pequeña almohada bajo sus caderas para facilitarme el acceso. Reposé el talón sobre su espalda.

«Mirame ahora», susurré y él se volvió para ver cómo yo jugaba con mi propio dedo. Unté un tacón con mis fluidos y se lo acerqué a la boca. «Limpialo», le ordené. Puso el tacón entre sus labios y lo lamió. Luego, me besó el tobillo y la rodilla, y fue subiendo lentamente hacia el tesoro que se escondía en la unión de mis muslos enfundados en cuero.





NOCHE 38

La gata con zapatos de tacón

Un magnífico par de zapatos con cierre al tobillo me esperaba en casa aquella noche. Puede que él creyera que el camino a mi corazón empezaba en mis pies.

Me los calcé y me quité el vestido. Entonces, crucé las piernas sobre el escritorio y enfoqué los pies con la cámara, dejando el resto de mi cuerpo fuera de ángulo. «Son increíbles», dije mientras los acariciaba. «Pero me imagino que son para tu propio placer, no para el mío.» No podía ver nada en la pantalla porque el estudio estaba totalmente a oscuras. Su voz me llegó a través de los altavoces.

«Dirige la cámara un poco más abajo, cielo, y cruza las piernas.» Esta noche estaba llevando las riendas, pero le complací.

«Deja caer uno», dijo. Lentamente, desabroché una tira y desplacé el talón hasta que el zapato cayó y quedaron al descubierto mis uñas carmesíes. «Perfecto», elogió.

«¿Qué se supone que hacer escondido en la oscuridad?» Deslicé mi pie otra vez dentro del zapato y lo alcé en el aire. Él lo agarró y besó el cierre dorado. Su respiración se aceleró, cada vez más agitada. «La próxima vez probaremos esto en público», dijo. «Buenas noches, mi amor.»



NOCHE 39

De madrugada

Mientras él me acariciaba con manos expertas, yo descansaba en su lujosa cama y fingía indiferencia. Tras tantas noches como displicente alumna o exigente maestra, me apetecía otra cosa. Quería jugar con él, regodearme con su frustración. «Esta noche», le dije, «tienes un nuevo reto: una mujer completamente desinteresada. No importará qué hagas, no lograrás excitarme.»

Me alejé de él rodando sobre las almohadas y fingí dormir. Suspiró exasperado. Pensé que tal vez se masturbaría o que intentaría tomarme a la fuerza. Empezaron a poblar mi mente deliciosas posibilidades sobre cómo me follaría mientras yo me mantenía indiferente. Pero en lugar de eso, dejó que me quedara dormida, sin tocarme.

De madrugada, y todavía profundamente dormida, comencé a sentir una sensación excitante. Al principio, pensé que se trataba de un sueño erótico que se había vuelto un poco más realista. Agitada, fui despertándome poco a poco y me di cuenta de que sus manos me agarraban los muslos y que me estaba arrastrando hacia el borde de la cama.

Me hice la dormida, pero sus dedos sondearon insistentemente su objetivo hasta que logró la humedad que deseaba. Pensé que me tomaría, pero en lugar de eso me metió algo grueso, frío y metálico. ¿Qué era aquello? Intenté incorporarme, pero me lo impidió agarrándome fuertemente de las caderas.

Me estaba penetrando con una especie de cuerno de punta roma de acero brillante. Yo sentía en mi interior una deliciosa presión. Sacó el objeto y lo pasó por mi clitoris. Aunque mi cuerpo lo había calentado, la sensación seguía siendo desconocida para mí, tan distinta a la carne caliente. «Está frío, ¿verdad?», me preguntó en voz baja. Yo no pude responder nada. «Tan frío como tú. ¿Puedes resistirte? ¿Puede resistirte a mí?» Me erguí sobre el rígido falo de acero. No, no podía resistirme a él. Nunca podía.





NOCHE 40

La X marca el lugar

Había un objeto del cuarto de juegos que todavía no habíamos usado y por el cual sentía curiosidad. Desnuda, caminé hasta la estructura y posé mis manos sobre ella.

«¿La señora está intrigada?»

«Sí, lo estoy», admití. ¿Cómo no iba a estarlo ante aquella imponente equis de metal negro, más alta que yo, con negras esposas metálicas colgando de las cuatro puntas.

«Es la cruz de san Andrés», me susurró. «Cruz decussata.» Me estremecí. Apreté la pelvis contra ella. Parecía que la hubieran hecho a mi medida. Me levantó los brazos por encima de la cabeza hasta que estuve de puntillas. Las esposas se cerraron alrededor de mis muñecas.

«Los tobillos no», suspiré. No estaba preparada para sentirme tan vulnerable e indefensa ante él. Todavía no.

Me hizo callar y sentí el crujir suave de la seda enrollándose alrededor de mis muslos, mis tobillos, las plantas de las pies. Miré hacia abajo. Me había atado con una cinta plateada. Hierro y seda me mantenían en vilo.

Me acarició desde los hombros hasta las muñecas, desde la cadera hasta los pies, murmurándome obscenidades al oído. Luego, me penetró lentamente. Tiré de los grilletes y gemí, feliz y martirizada.





NOCHE 41

Amarrada

«No puedes entrar en la habitación antes que yo», le regañé, fascinada por el tinglado que había dispuesto sobre la cama. Reposaban sobre ella una bobina de seda roja, un ovillo de rudo cáñamo y cuerdas blancas y elegantes.

«Es un experimento, mi amor. Para servirte bien tengo que saber qué te gusta.» Sentí de nuevo nuestra lucha por el poder. Era yo la que debía dictar las clases pero también era consciente de lo novata que era. Dejé que me desnudara y me arrodillé sobre la alfombra.

Él se dirigió a la cama y tomó las cintas de seda carmesí. Sentí cómo envolvía mis muñecas con la lujosa tela para, a continuación, atarme los tobillo. Aquel tacto resultaba extrañamente reconfortante, casi protector. Él jugueteó con mi cuerpo, deslizando sus manos sobre mí y neutralizando mis intentos por cambiar de posición y ganar libertad de movimiento.

«Querida, no hay manera de que te estés quieta. Tal vez tenga que atarte con algo más rudo que te disuada de intentar escapar. ¿Qué te parecería eso?»

«¿Tengo alguna opción?», le pregunté, conociendo de antemano la respuesta. Me sonrió planeando ya su próximo movimiento.



EL TOQUE SENSUAL



1. Las esposas son un básico del bondage. Sin embargo, analiza las opciones antes de comprarlas. Las metálicas, tipo policía, pueden hacer daño (cosa que a algunos les podría gustar). Tienen sistema de doble bloqueo: las bloqueas, las ajustas y vuelves a bloquearlas para que no se mueva. También puedes buscar esposas profesionales con cierre. Ambos estilos dejan poca libertad de movimientos y son ideales para personas experimentadas que disfruten con las sensaciones fuertes.

2. Las esposas de juguete de las sex shops están acolchadas, son fáciles de abrir y muy cómodas para experiencias de larga duración. Están fabricadas en cuero, caucho o vinilo, y suelen estar disponibles en varios colores.

3 Las esposas normalmente llevan dos llaves, que deberás tener a mano durante el juego.

NOCHE 42

Control policial

Aquella noche, mientras él estaba sentado a mis pies, me fijé en su diario y vi que había recopilado varias fotos de arrestos policiales. En cada una de ellas, una mujer era esposada por un agente: una inclinada sobre el capó de un coche, otra empotrada contra una pared... Los brazos de las mujeres estaban echados hacia atrás y los pechos, levantados. «Menudo archivo», murmuré.

«De hecho», respondió, «me encantaría que hicieras algo tan horrible como para poder ver cómo te arrestan».

Yo jugaba con su pelo entre mis dedos. «Sólo haría algo así si fueras tú el agente ante el que debiera responder.»

«Lo primero que haría sería sacarte del coche», replicó él, «y registrarte a fondo».

«Me resistiría», le conteste. «Ni siquiera me habrías leído mis derechos todavía.»

«Entonces te tumbaría sobre el capó», murmuró. «Si te resistieses, agarraría tus piernas entre la mías y echaría tus brazos hacia atrás, con fuerza, de manera que pudiera acariciar tus pechos. Te cruzaría las muñecas, te pondría las esposas y las cerraría con fuerza para que te apretaran bien la piel. Entonces...»

«Malo, poli malo», le interrumpí, atrayéndolo hacia mí para besarlo. «Te quedarás sin tu caramelo.»



EL TOQUE SENSUAL



1. Las esposas de bondage son un objeto muy sencillo para atar a tu pareja si quieres evitar nudos y lazos. Suelen ser suaves e incluyen cierres rápidos de velcro.

2. Si tu pareja es novata en este tipo de juegos, comienza atándole sólo las manos (o los pies). Atar todo el cuerpo la primera vez puede provocar pánico en alguien inexperto. Deja libres manos o pies hasta que diga que está preparado para dar el siguiente paso.

3. Los sets de bondage incluyen esposas para muñecas y tobillos. Algunos, también, collares para el cuello, aros en forma de D para enganchar accesorios como cadenas o hebillas. La visión de materiales resistentes excita a mucha gente.

4. Nunca dejes solo a alguien atado. Puede haber accidentes y la persona puede necesitar una palabra de aliento si sus miembros se adormecieran o surgieran otros problemas.

NOCHE 43

Espera un poco

«Esta noche», le dije, abrochándole el collar de cuero alrededor del cuello, «daremos una clase de resistencia. No te muevas».

Lo empujé contra la pared y le puse unas esposas de cuero alrededor de los tobillos. Enganché unas cadenas cortas a los brazaletes y luego éstas a las argollas de la pared. También le até las muñecas con esposas y le hice doblar los codos para fijar las cadenas de las esposas al collar de cuero. Como toque final, le vendé los ojos con un pañuelo de seda.

«¡Qué hermoso eres, querido», le dije, acariciando su hermoso cuerpo atado. La sensación de poder que sentía era embriagadora. «Volveré dentro de media hora», le informé. «Si te has portado bien y no has tratado de escapar, te recompensaré.»

Fui hasta la puerta, la abrí y sin salir, la cerré ruidosamente. Entonces, descalza, avancé de nuevo frente a él. Por la expresión de su rostro, deduje que se había creído que esta solo. Me recosté sobre una silla de cuero cómoda y empecé a tocarme con las manos suavemente, dándome placer a mí misma mientras lo observaba a él, tan vulnerable, y me forzaba a permanecer en silencio.



EL TOQUE SENSUAL



1. El ano es una zona erógena, tanto en hombres como en mujeres. El juego anal estimula la próstata en los hombres y la base del clítoris en las mujeres. Los *butt plugs* o tapones anales son ideales para explorarlo.

2. Cualquier juguete destinado al juego anal debe tener una base acampanada para evitar que se quede dentro del ano. Algunos son ondulados o con relieve para lograr ciertas sensaciones. Los hay equipados con vibradores. Uses el que uses, lubrícalo primero, y

después de usarlo, lávalo.

3. En el *pegging*, una modalidad más intensa de juego anal, la mujer lleva consolador montado en un arnés para penetrar al hombre. La clave en este tipo de juegos es, siempre, la paciencia y la moderación.

NOCHE 44

Detrás de mi hombre

Inspeccioné a menudo el cuarto de juegos, cuando él estaba fuera de casa. Era libre de usar todo aquello. En una ocasión abrí un armario y encontré algo que parecía un pequeño juego de ajedrez. Las piezas estaban delicadamente esculpidas. Algunas eran grandes y tenían forma de misil. Otras eran curvas. Negras, azules, metálicas, de caucho. Toda una colección. Las acaricié y sonreí al urdir mi plan.

Cuando aquella noche él entró en la habitación, recién duchado después de haber salido a correr, le ordené que se arrodillase junto a la cama. Le besé la espalda y luego pasé un dedo por la zona de más abajo. «He encontrado un montón de juguetes nuevos», le susurré. «Has estado ocultándome cosas.»

El primero que elegí fue un tapón pequeño y suave, que froté con lubricante antes de jugar con él. Él se dejó hacer y me permitió introducirse lentamente. Cuando alcanzó una intensa erección, saqué el tapón. Me miró por encima del hombro para ver cómo me ponía el arnés que había encontrado. El consolador se curvaba hacia arriba, grueso y rojo. Me sentí extrañamente poderosa, acariciando aquel falo como un hombre haría con su pene erecto.

«Abre las piernas, cariño», le ordené. «Vamos a ver cuánto más puede entrar.»



NOCHE 45

La puerta de atrás

En comparación, la siguiente velada fue tranquila. Fuimos al concierto de un cuarteto de cuerda y cenamos en un restaurante con terraza. Pero cuando nos íbamos, se puso detrás de mí y, rápido como un rayo, me metió la mano debajo de la falda y me apretó el culo. Muy fuerte.

Pensé que me estaba pagando con la misma moneda. Cuando llegamos a casa, tomamos un baño y él prestó especial atención a mis muslos y mi culo: lo frotó con aceite y los enjabonó a fondo. Yo le agarraba con fuerza las manos, ansiosa por correrme, pero él se apartaba rápidamente en cuanto me veía demasiado excitada. «Por favor», le rogué. Pero él se limitó a sonreír y a sacarme de la bañera. Me envolvió en una toalla grande y me guió hasta el dormitorio.

Me tumbé en la cama, esperándolo. «Enséñame algo nuevo», pedí.

«Pensaba que no ibas a pedírmelo nunca», contestó. Fue hasta la cabecera de la cama y se puso de rodillas con mi cabeza entre sus piernas. A continuación, se inclinó hacia delante y tiró de mis tobillos hacia arriba y hacia atrás. Me observó en aquella incómoda posición, sonriendo ante mi incertidumbre.

Noté la punta caliente de su lengua entre mis nalgas y me quedé sin aliento. Introdujo un dedo en mi sexo húmedo y, con la lengua, empezó a dibujar círculos, lentamente, alrededor de mi ano. Paraba para tomar saliva y volvía a comenzar. La sensación era completamente nueva e increíblemente excitante. «Más», suspiré.

Pero entonces se detuvo y me bajó las piernas. «No, no más por esta noche.» Luego, volvió a posar sus manos sobre mis nalgas y me dijo: «Mañana, cielo, pienso follarte por aquí. Ya puedes aplicarte y prepararte bien la lección.»



EL TOQUE SENSUAL



1. La posición más fácil para el coito anal es la del perrito o de pie inclinada. Si la mujer quiere controlar la profundidad de la penetración, se puede poner a horcajadas sobre el hombre. En el clásico misionero, ponéd una almohada bajo sus caderas para facilitar el llegar al fondo.

2. Lubricante, mucho lubricante. El ano, a diferencia de la vagina, no tiene lubricación natural. Hay que evitar penetrar la vagina después del ano, para evitar posible infecciones.

3. Tomáoslo con calma. Algunos hombres prefieren correrse mediante relaciones sexuales vaginales u orales antes, para no estar tan ansiosos. En cuanto a la mujer, hay que asegurarse de que está muy excitada y, a continuación, estimular la sensible apertura con un dedo o un consolador anal.

4. Penétrala poco a poco, comprobando que está disfrutando. Mantén un ritmo lento si está nerviosa. El juego con el clítoris le ayudará a relajarse y a alcanzar el orgasmo.

NOCHE 46

La aventura continúa

Leí todo lo que encontré en la red sobre sexo anal. Estaba nerviosa pero a la vez me acordaba de qué pensaba sobre el dolor antes de empezar a jugar con él. Además, también recordaba cómo me había gustado lo que su boca suave me había hecho la noche anterior.

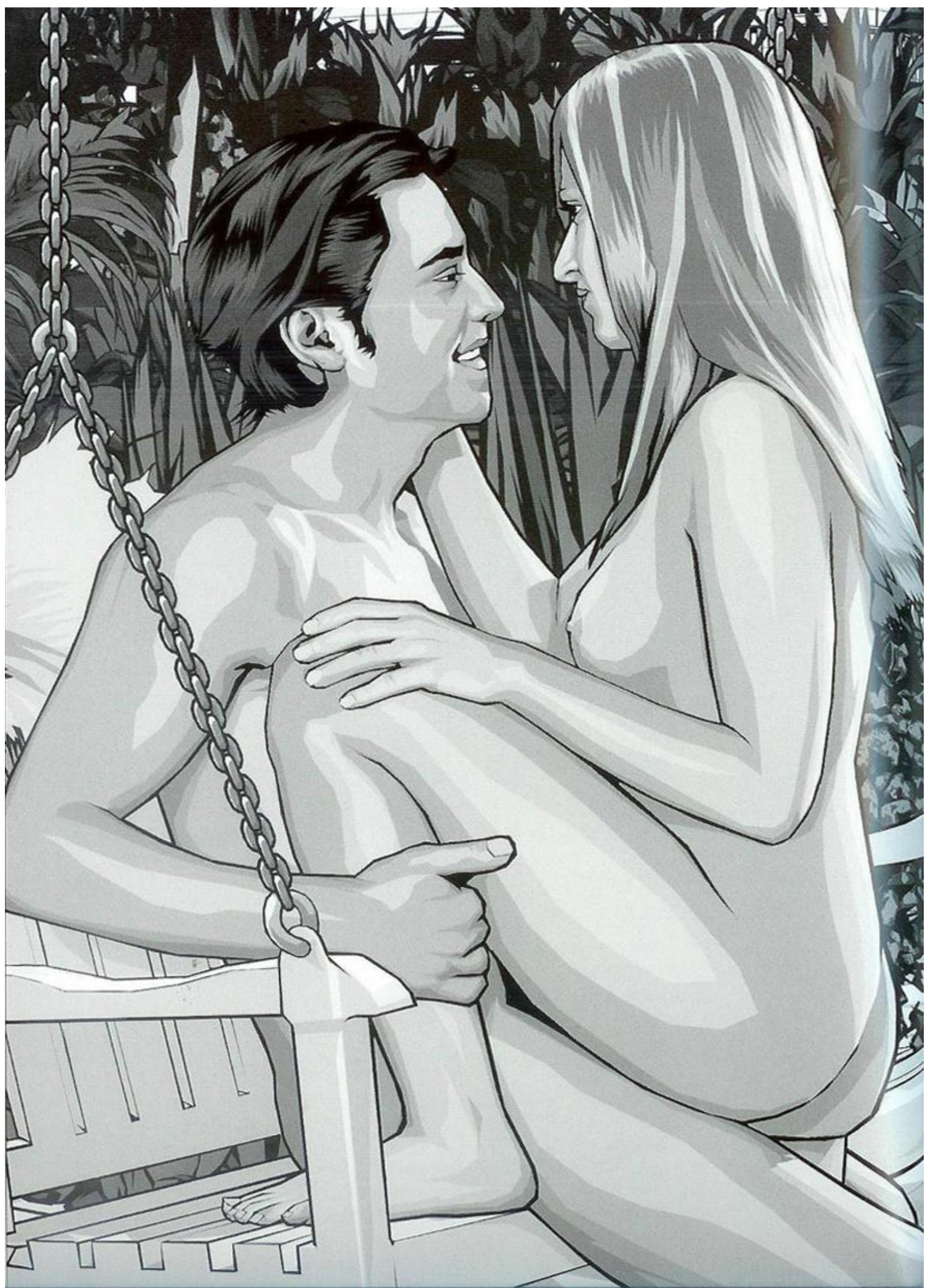
Por la noche, en su cama, me sentí como una virgen. «No sé qué hacer», le confesé. Él sonrió amablemente. «Tan sólo inclínate, mi amor, y levanta el culo.»

Se untó el dedo índice con lubricante y me lo metió, moviéndolo en círculos alrededor de la entrada. «No te preocupes», me dijo. «Acabo de hacerme la manicura.»

Reí y mi cuerpo se relajó. Él sacó un pequeño consolador del cajón de la mesilla y me lo introdujo. «Respira, querida.» Enseguida sentí su erección en mí.

Fue avanzando centímetro a centímetro. Incómoda, sentí cómo me iba abriendo, hasta que empezó a acariciarme el clitoris a medida que empujaba, cada vez más adentro. Suspiré y me retorcí. Ahora me gustaba, era agradable. Fue moviéndose más y más rápido, más y más adentro. Hasta que estuvo totalmente dentro de mí. «Vale», le susurré enterrada en la colcha. «Esto se queda en nuestra lista.»





NOCHE 47

Cara a cara

«Invéntate una excusa», rezaba el mensaje. «Tengo que verte... inmediatamente.» Yo me hallaba en una interminable reunión de personal, soñando con él. Al parecer, él también. Me escabullí de la sala de reuniones eufórica.

«Aquí», me gritó cuando entré en su piso. No estaba en el cuarto de juegos, sino en la terraza. El sol de la tarde era cálido y él se encontraba sentado en la silla blanca, esbelto, bronceado y hermoso.

«¿Qué era eso tan urgente?», le pregunté.

«Una sencilla decisión.» Me sonrió. «Había decidido hacerte el amor durante toda la tarde.» Me atrajo hacia sí, me desnudó tranquilamente y me acarició el pelo hasta los tobillos. Me relajé y me dejé caer junto a él bajo la luz del sol, ronroneando como un gato.

La tarde discurría plácida y ninguno de los dos tenía prisa alguna. Me colocó sobre sus piernas, permitiendo que me apretara contra él tal como deseaba. Hicimos una pausa para besarnos y acariciarnos lentamente. Por fin, con la puesta de sol, me estimuló con las manos y su vibrador favorito hasta que alcancé un intenso orgasmo, que vino como una larga ola, sin apartar nunca mis ojos de los suyos.



NOCHE 48

Una tentadora colección

«Es una colección verdaderamente sorprendente», le dije. Había abierto la puerta de aquel armario del cuarto de juegos para dejarme hurgar en un tesoro de... No estaba segura de qué era todo aquello. Cilindros de vidrio con líneas de todos los colores del arcoíris. Antiguos artilugios de caucho y alambre. Falos de jade tallados con flores exóticas.

«Empecé a coleccionarlos en mi tercer año de universidad», dijo. «Los he traído de todo el mundo.» Eligió un objeto de madera con una manivela. «Es francés, de 1890, y todavía es muy eficaz.» Giró la cabeza para mirarme el culo desnudo y yo me reí.

Abrió un estuche de cuero. Sobre el forro rojo de felpa había tres bolas plateadas unidas por un cordón de seda. «Bolas chinas a pilas, birmanas, de 1952» Me miró. «¿Me permite la señora?» Cómo no.

Me recliné sobre la alfombra y él me introdujo aquellas esferas lisas. Zumbaron suavemente, vibrando cada una a una velocidad diferente. «Parecen abejas», dijo mientras movía la mano entre mis piernas y yo estaba cada vez más húmeda. Cerré los ojos y agarré su muñeca para dirigir sus movimientos, imaginándome abejas libando flores en jardines tropicales.



EL TOQUE SENSUAL



1. ¿Has oído hablar de la lista del ascensor? Es una lista imaginaria con la gente en cuyos brazos caerías si coincidiérais en un ascensor averiado. Pero ¿por qué un ascensor? Porque en ellos se mezcla la emoción de tener sexo en un lugar público con la sensación de ingravidez propia de un ascensor.

2. Si quieres probar el ascensor con tu pareja, busca un edificio tranquilo y una hora a la que sea difícil encontrarse con alguien. Evita hacerlo en tu propia empresa: si alguien os acaba sorprendiendo, mejor que no sea tu jefe.

3. De todos modos, puede que alguien os pille, así que elige ropa fácil de poner y quitar y hacedlo contra una esquina. Salvo que os

exciten las alarmas, no apretéis el botón de paro.

NOCHE 49

¿Sube?

La noche siguiente condujo durante horas hacia el exterior de la ciudad. Sabía que no debía preguntarle adónde íbamos. Me lo diría a su debido tiempo. Apoyé la cabeza en la ventanilla y me quedé dormida.

Cuando desperté, estábamos en un hotel de montaña grande y hermoso, de estilo victoriano, con gabletes y torres que brillaban débilmente a la luz de la luna. Me guió por el porche, conmigo cogida de la mano, y abrió los portones de la entrada. El gran mostrador de recepción estaba desierto.

«¿Cerrado por vacaciones?», susurré.

«No. Sencillamente... está reservado.» Cruzamos el vestíbulo. Nuestros pasos no hacían ruido sobre la lujosa alfombra roja y llegamos hasta un ascensor antiguo, de jaula, profusamente decorado. Presionó el botón y el aparato empezó a subir. Todavía adormilada, me agarré al marco de volutas, pero me desperté de golpe cuando él tocó otro botón y el ascensor se detuvo abruptamente.

Me levantó la falda y me apretó contra los barrotes. «Estás seguro de que aquí no hay nadie?», le pregunté. Mientras, él me alzó, rodeó su cintura con mis piernas y me penetró. «No.» Se echó a reír. «No estoy seguro en absoluto, mi amor.»





NOCHE 50

Última parada

«Creo que, prácticamente, hemos finalizado la formación», reflexionó al repasar el diario que habíamos ido llenando con nuestro dibujos, notas, fantasías y deseos. «Tal vez sea el momento de dar el curso por acabado.»

Sentí que el corazón se me paraba. ¿Significaba aquello que habíamos terminado? «Todavía quedan muchas páginas en blanco», señalé en voz baja.

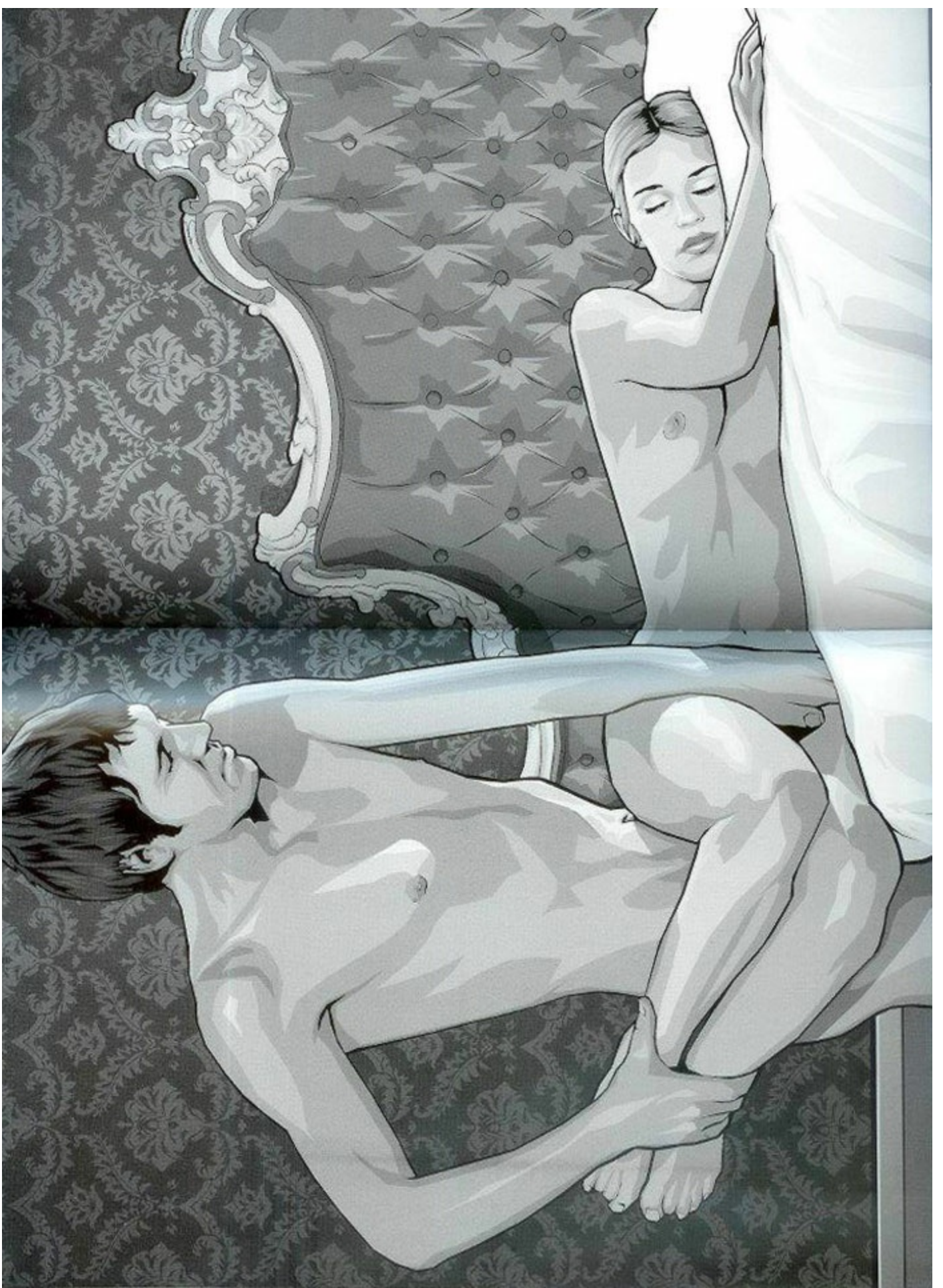
Dejó el diario en el suelo y me atrajo hacia él, apoyando su frente sobre la mía. «Ya no las necesitamos.»

Posó los labios en mi cuello. «Ya te dije al principio que los resultados iban a sorprenderte», me susurró al oído. «Y también me han sorprendido a mí cielo.» Sus labios encontraron los míos. Supe entonces que nuestro viaje continuaría, noche tras noche, y que escribiríamos muchas más historias. Juntos, esta vez. No importaba quién fuera el maestro, y quién, el aprendiz. Aprenderíamos juntos, construyendo una interminable historia de amor, deseo y descubrimientos. Cerré los ojos y lo busqué, ansiosa, con las manos.

«Dejemos que el viaje comience», susurré.

«Quizá nunca termine», replicó.







ifin?